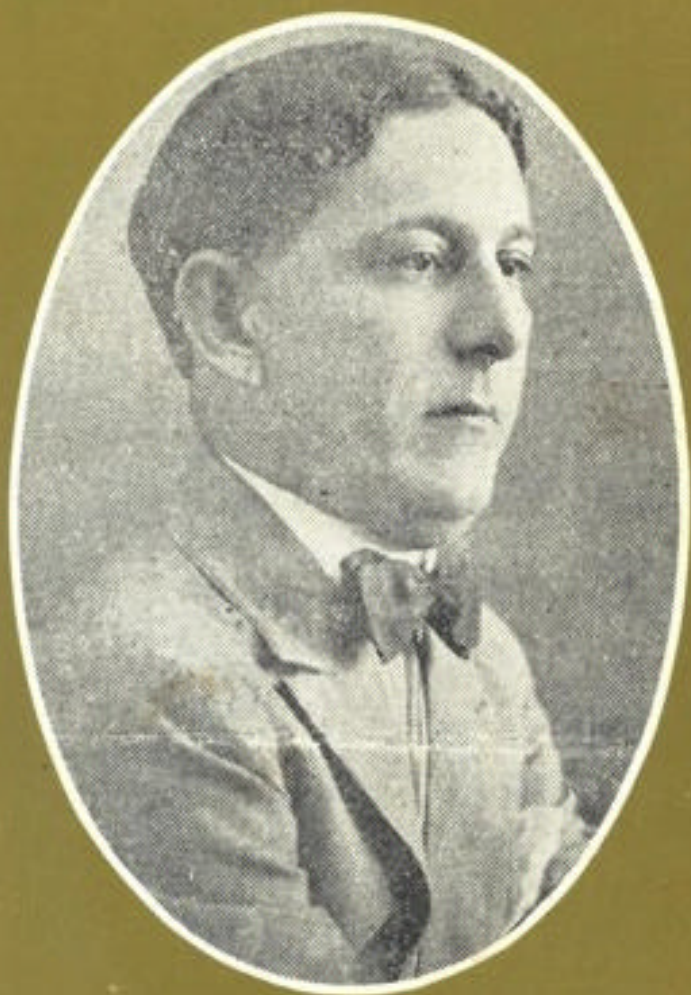


miró 78



Realiza
Lotería

Nº 274

DICIEMBRE, 1978

PREMIOS MIRO 1978

Como acostumbramos a hacerlo todos los años, en este número de diciembre publicamos fragmentos de las obras premiadas en el Concurso Ricardo Miró. Este ejemplar es menos voluminoso que los anteriores debido a que fueron declaradas desiertas las Secciones de Ensayo y de Novela.

DIMAS LIDIO PITTY

Crónica Prohibida

*"Me está prohibido
hablar con otro que no sea yo".*

Nazim Hikmet.

HAY UN SITIO

*Hay un sitio de pájaros y flores
Donde los hombres temen saludarse.*

*Hay un sitio con mares y montañas
Donde nadie es dueño de su muerte.*

*Hay un sitio de eterna primavera
Donde el mar ha sido desterrado.*

*Es una tierra donde nadie canta
Porque el fusil impuso su silencio.*

TOQUE DE QUEDA

*Ciudad vacía
Muros sin sonido
Algo espeso
Como culpa o crimen
Flota
Donde las armas
Quiebran la distancia
Y el grito
Cae al pavimento.*

CARCEL

*Hay gritos
Pasos duros
Sin luz
La muerte pasa
Y cual impura hoguera
Nos abrasa
Para hacernos
Como ella
Impuros.*

EN LA CELDA NUMERO 13

I

*Duermen
Los pasos del guardia suenan como jinetes
Venidos de la sombra.
Pero ellos no escuchan,
Sólo yacen en el aire sucio,
En el tiempo gastado por los días,
Sin sospechar que la muerte los circunda.*

II

*Ayer llovió todo el día.
Lo gris entraba por la ventana
Y los hombres tenían húmedos
El corazón y los recuerdos.
En la tarde golpearon al negrito vecino
Y la noche fue más triste que el día.
Pero debajo de la tristeza
La sangre encendía la oscuridad.*

III

*Barcos, palomas, mujeres, automóviles.
La vida nos rodea, nos llama;
Pero ¿quién responde a su llamado?
La noche es silencio,
Ojos vigilantes
Y una ametralladora expectante en la torreta.*

IV

*Alguien habló de su familia,
Otro de su pueblo,
Otro del amor y de la pena.
Conversamos largo tiempo
Y cada quien volvió a sentirse
Vivo recordando.
Pero el viejo Luis (el mudo)
Orinó sangre en una lata
Y en silencio destruyó
Todas las palabras.*

V

*Sobre ti no hablo.
Nadie sabe que existes.
Nunca te menciono
Para que este aire no manche
Tu nombre ni tu piel.*

VI

*Recuerdo un camino,
Una piedra,
Un roble
Y el corazón grabado en la corteza.
Todo lo veo en ti
—Ojos que no miro
—Carne que no siento
En esta humedad de lluvia
Que inunda la celda.*

VII

*La luna, vieja amiga, ha vuelto.
Su luz entra en la celda,
Lame el suelo,
Los cuerpos tendidos en el piso.
No distingue entre inocentes y culpables:
Nos ilumina a todos.
Mas al retirarse deja un poco de claridad
En el rostro del más joven.*

VIII

*Tierra de sol nacida del agua
tierra hija de las manos
en ti somos
la vida que pasa con su herida
Cielo de palomas
aire de caballos y horizonte marino
Aquí hemos nacido
soledad
sangre de sonido
sangre de piedra
de gaviota
sangre de hombre abierta por la sombra
Aquí nacemos cada día
repitiéndonos
porque la muerte es un velero amargo
y la vida un pájaro sin plumas.*

IX

*No de mí
De nadie
Antes de todos
El dolor provino
De una gota de lluvia
Entre dos piedras
Pero ahora nadie grita
Todos sufren
Callan
Con la noche dentro de su boca.*

X

*Los muertos bajan a desoladas zonas
Donde la luz no entra
Donde la vida es una grieta oscura
Donde la muerte está sentada en un trono negro
Construido a la medida de su boca
Y donde además todo pensamiento es recuerdo
Y todo deseo ceniza.*

HISTORIA DEL HEROE

A los caídos en lucha por un
mundo de libertad y de justicia.

*Nació como todos,
Fue a la escuela y vivió
De igual modo que el vecino.
Un día
Todos lo notaron diferente
Y porque no comprendían sus palabras
Dijeron que era un alucinado.
A la hora de su muerte
Murió como todos.
Pero tras de sí dejó algo
Que crece con los días
Y que acabará explotando
En luz.*

NOTAS CONTRA EL OLVIDO

“desde hace mucho mi corazón ha estado con el tuyo”
e.e. cummings.

*Un río azul
Una roca junto al mar
Tu cuerpo desnudo
El sol muriendo entre colinas
La lluvia en la montaña
Cierta casa mordida por el tiempo
El año de la peste
El verano y su tierra de cantera
El temblor de tus senos cuando ríes
Enero y su viento en la llanura
Un toro mugiéndole a la niebla
Los libros de Vallejo Eluard y Hemingway
Las cartas de mi abuela y de mi madre
Un pedazo de cielo entre las hojas
La reciente sepultura del abuelo
Su último deseo y su caballo
Un sendero entre robles*

*El musgo de un nido de paloma
Mi nombre en tus ojos
El canto de un ruiseñor en el jazmín
Los gritos de aquel asesinado
El miedo en las calles y en los sueños
Lo que dije en cólera besándote dormido
Las historias nocturnas de un tío amigo de las brujas
La luna menguante
El café en El Boulevard con un amigo
Mi adiós desde el avión
La palabra no dicha
Todo está aquí mientras me peino
Y miro la patria en el espejo.*

Para DM, RO, PD, PO, AW, RP y demás navegantes del exilio.

LUGAR DE SUEÑOS

*Allí estuve, acompañado por un perro.
Las hojas secas cubrían la tierra y en la llanura
y los cerros fulguraba el día.
Allí dejé mis sueños, lo que mi sangre guardaba,
debajo de una piedra.
Hoy mis sueños son memoria de otra edad,
pero la colina sigue allí, cubierta de algarrobos y monte;
y de tarde acoge niños que persiguen pájaros y nubes.
Ahora es verano en la patria y quisiera estar allá,
sentado en un árbol antiguo, al acecho de un pez
o de un venado, viendo el vuelo de las moscas o el viejo
cielo azul de los calendarios de la abuela.
Aquí ando entre ruidos, smog, trolebuses, fábricas,
museos; y cosas que no me pertenecen me hostilizan.
Mas también hay rostros dulces, palabras profundas,
manos extendidas; y a veces voy al zoológico o al cine
y disfruto con las risas de la gente.
No obstante, ciertos días, como una enemiga de
ojos tristes, la soledad me asalta en los semáforos,
cuando camino entre la multitud o en el insomnio.
Entonces odio no estar en la tierra que amo y
es mía, esa que anhela —como yo— un tiempo libre de invasores.
Ahora sin embargo, en la oscuridad sin nadie,
mientras la lluvia ahoga los faroles, sólo recuerdo
esa colina con algarrobos y rocas donde mis sueños
me siguen esperando.*

COSAS IMPOSIBLES

*Extraviarse en textos antiguos,
Construir la esfera de Pascal,
Ver la noche como flor o sortilegio,
Buscar a Bach o a Picasso
En la geometría de los edificios,
Entregarse a la magia de un whisky on the rocks,
Contar ovejas con los ojos cerrados,
Ocuparse de dios en el metro,
Soñar con castillos y caballos
O con la espalda de Brigitte Bardot,
Ir al zoológico con alguien que ama los elefantes,
Detenerse ante tiendas de souvenirs,
Seducir a una desconocida a la salida del teatro,
Hacer pajaritas de papel sentado en un parque,
Practicar las 64 posturas del Kamasutra,
Inquietarse por la castidad de las monjas
O por el regreso de Frankenstein,
Compadecer a la viuda de un millonario,
Reir con las tonterías del Pato Donald,
Ponerse melancólico bajo los árboles de la última luz...
Son cosas imposibles para alguien angustiado,
Solo,
Con su patria sojuzgada como único recuerdo
Y única esperanza.*

CADA DIA DECIMOS

*Ayer,
En aquella parte de la Tierra,
Los hombres huían con el último sol.
Cielo de sangre,
Campos de cañones y cadáveres,
Fábricas y templos destruidos.
Para ellos no había esperanza,
Sino el recuerdo de otras sombras,
Juguetes rotos
Y hogares borrados por el fuego.
Mañana,
En esta parte de la Tierra,
Los hombres caminarán sin miedo,
Con niños de la mano
Y con el día delante de sus pasos.*

ADIOS A LA OSCURIDAD

*Era un tiempo sin luz.
Pequeñas larvas roían nuestra carne,
Tenaces,
En silencio.
En los pueblos nadie se explicaba
Por qué los hombres debían morir asesinados
O las mujeres parir viudas.
Ahora lo sabemos.
Pero es otro el tiempo
Y las pequeñas larvas son un mal recuerdo
De una pesadilla derrotada.*

POSTAL DE PRIMAVERA

*Junto a los ríos, en días de primavera,
Los amantes soñaban un mundo de niños y canciones
Floreciendo al alba
O al anochecer, después de la faena.
Pero ahora la primavera pasa y retorna sin amantes,
Triste,
Como un basurero abandonado,
Y, en vez de lirios,
Cadáveres hinchados brotan con el día
Y la lluvia desfigura rostros muertos en los bosques.
Ya la primavera no es amor
Sino ruina, patrias rotas
Y humo de huesos y carne
En los crematorios de Auschwitz y Bergen Belsen.
Perdona, quería escribirte algo cariñoso,
Enviarte frases con picachos nevados y carretas de heno,
Como esas postales con estatuas y puentes de piedra
En crepúsculos bucólicos
Que los amigos envían desde París o desde Viena.
Pero imágenes terribles viven delante de mis ojos
Y el recuerdo de tus besos huye ante miles de niños muertos
En Vietnam, en Biafra
O vueltos súbita ceniza en Hiroshima.
Calvel, Roca, Tiempo, Manzana
—Palabras con que te miro
—Voces que nacen cada noche
Mueren en la sangre que avergüenza al mundo.*

*Ya el amor no es caricia, canto, alegría,
Sino cárcel, soledad y afán de lucha
Por todos los que sufren en la Tierra.
En verdad, te escribo sintiendo no ser yo sino muchos
—Perseguidos, torturados, presos
Y temiendo extraviarme en un rostro cualquiera
Y resultar para ti un extraño.
Sin embargo, quiero decirte
Que, aun entre visiones de horror,
En este mundo de torturas y odios,
Te recuerdo:
Trabajas, duermes, te recoges el pelo
Veo un niño y una flor dentro de ti;
Y una sonrisa que no puede ser borrada.
Es que (igual que yo, pequeña mía, igual que yo)
Estás segura de que la primavera traerá lo que anhelamos:
Ese ansiado tiempo de un hogar sin miedo.*

TELEGRAMA PARA U. S. A.

*Cuando un viajero, exhausto
Por el sol y la llanura desolada,
Se siente a la sombra de un arbusto
Y descubra, entre la hierba,
Un trozo de mármol agrietado,
Con la inscripción U. S. CAPITOL
En oro,
¿Qué habrá quedado de tu gloria,
Del poderío con que amedrentas a los débiles?
You will always remember Vietnam, my dear.
Recordarás y el llanto
Será tu único consuelo.
Mientras, yo
Hoy,
Al terminar el día en mi patria
—Este puro lugar de América
Invoco tu nombre y te maldigo.*

Panamá, 18 de abril de 1978.

DIMAS LIDIO PITTY

*Los caballos estornudan
en la lluvia*

"Mi pueblo, levantado sobre la llanura. Lleno de árboles y de hojas, como una alcancía donde hemos guardado nuestros recuerdos. Sentirás que allí uno quisiera vivir para la eternidad..."

Juan Rulfo
(Pedro Páramo)

Era un día de agua. De agua y de viento. Lo sé porque lo he vivido desde siempre. Sin que pueda precisar la hora exacta en que empieza la memoria, allí están el sonido de la lluvia en el zinc, los pasos apresurados de la abuela y la tía Nena, las gallinas resguardadas en los aleros de la casa, el agua hirviendo en la cocina, el abuelo en el portal, con su aire severo, puesta la atención en la línea de las goteras, en los árboles agobiados por la lluvia o en los chillidos de los cachorros que se disputan la ubre; allí están las palabras en la penumbra del cuarto (la abuela y la tía Nena son hermanas por la sangre y por la vida y han visto y vivido muchos trances como éste; mi madre, en cambio, carece de experiencia), limosas por la humedad de tantos días de cielo y cielo gris; allí están, agazapados, como gatos al acecho, los recuerdos de las tres mujeres, y también los temores y las conjeturas. Sucesivas capas de sudor recubren a mi madre. Los dolores y una vaga incertidumbre aletargan sus sentidos, estrujan su carne y la sumergen en un sopor de nieblas, susurros, somnolencia y sonidos lejanos. Su vientre hinchado es una protuberancia oscura en la claridad lechosa del cuarto, que sólo recibe luz por las junturas de las tablas, debido a que la única ventana ha sido cerrada para evitarle a mi madre un pasmo. Tía Nena se aproxima a la cama y le palpa la barriga. En el aire espeso recita palabras enrevesadas, como si conjurara espectros, y su mano comunica (intenta darle) confianza y alivio al cuerpo

desgarrado, que ahora se retuerce entre quejidos y sudores fríos. Mi madre siente la mano y quiere decir algo, pero un nuevo espasmo ahoga su voz. Tía Nena le limpia el sudor de la frente y sigue murmurando palabras que sólo ella conoce: las mismas que ha repetido durante años en casos semejantes. En la cocina, la abuela echa más agua en la paila y en silencio hilvana una plegaria por que todo salga bien y pronto. En otro fogón pone el té de hojas de guanábano para el abuelo. Este oye los quejidos de mi madre mientras traza dibujos enigmáticos en la tierra húmeda, cerca de las goteras. Algunas figuras parecen animales y otras sugieren objetos, pero todas se esfuman como presentimientos con las salpicaduras del agua. Sin embargo, el abuelo insiste en descifrar el tiempo con la varita seca y sigue trazando imágenes caprichosas. La abuela entra al cuarto y deja una totuma humeante sobre la tablilla que sirve de tocador. Ahí tienes un poco de café, dice a la tía Nena. ¿Crees que todavía demore mucho? Creo que ya no tanto, responde ésta; los dolores son cada vez más seguidos. Bebe un sorbo y mira hacia la cama. Mi madre está ahora quieta, como adormecida. La abuela acomoda la almohada de mi madre y acaricia su cabeza. Luego sale. Voy a echarle más agua a la paila, dice. Tía Nena se sienta en una silleta y bebe el café a pequeños sorbos. Antes de que lo termine un quejido profundo la levanta. Deja la totuma sobre el tocador y se acerca a la cama. La cara descompuesta de mi madre está más pálida que antes y su cuerpo se agita y retuerce bajo la manta. Tía Nena grita: ¡Goya! Los pasos de la abuela llegan desde la cocina. Creo que ahora sí, dice tía Nena. ¿Quieres que traiga el agua?, pregunta la abuela. Todavía no; yo te aviso. Eso sí, ten a mano los trapos y las sabanitas. Apartó la manta hacia los pies de la cama y levantó la falda de mi madre. Abre bien las piernas, hijita, dijo con voz dulce; y no tengas miedo. Sus manos palparon la piel tensa del vientre. Sí, ya no demora mucho, murmuró. Quédate así, dijo luego. Apoyada en el borde de la cama examinó el rostro de mi madre. Su cabello castaño estaba oscurecido por el sudor y sus labios se veían resacos, como si tuviera fiebre. Le pasó un pañuelo por la frente. Ya van seis horas, pensó; si al mediodía no acaba, habrá que llamar gente para llevarla a la estación. En ese momento mi madre abrió los ojos. Tengo sed, dijo. Tía Nena buscó la taza con agua de linaza y le dio un sorbo. No es bueno que tomes agua, hija; esto te quitará la sed. El silbato del tren que iba para Palmira sonó tres veces. El abuelo prestó atención y pudo percibir, en la distancia y la lluvia, el sonido de los rieles. También sintió cuando el tren se detuvo en la estación. Aunque la distancia era mucha y el monte impedía, aun cuando no lloviera, ver la estación y los llanos, el abuelo vio a los pasajeros bajar del motor

con sacos y paquetes y refugiarse apresuradamente en la caseta de zinc; también vio las lejanías grises de los cerros y las tonalidades diluidas de la costa y el mar. Eran muchos kilómetros hasta David. Pero cuando había buen tiempo se podía ver algunos edificios de techos rojos y uno blanco, alargado, que era el hospital. ¿Por qué pienso en el hospital?, se dijo. En ese momento oyó el quejido profundo y el grito de tía Nena a la abuela. Dos minutos después, el motor salió de la estación y el ruido de los rieles volvió a mezclarse con la lluvia y el viento. En la llanura inundada, las cercas de piedra eran culebras oscuras y los árboles, fantasmas y la mañana, una extensión algodoadada, atravesada por los hilos fríos y largos de la lluvia. Mi madre no oyó el tren porque en ese momento un espasmo más fuerte que los anteriores agarrotaba su vientre. Ella sólo podía oír los latidos de su sangre y su respiración agitada y la angustia (su ruido áspero y seco, doloroso) que le ponía las piernas pesadas e insensibles. Tía Nena estaba allí, pero mi madre apenas la veía; su rostro se le desdibujaba en la penumbra. Sin embargo, sentía la ternura de su mano cuando le enjugaba la frente y le decía: no tengas miedo, relájate, que todo saldrá bien. La abuela salió al portal y vio los dibujitos. En ese instante el agua borraba una estrella de tres puntas con una cruz en el centro. La abuela se estremeció al verla. ¿Qué es eso?, preguntó. Era una estrella, dijo el abuelo. ¿Quiere que le traiga té? Bueno, contestó él. Miró hacia el cuarto. ¿Todavía demorará mucho? No sé, dijo ella; Magdalena cree que falta poco. El abuelo miró la lluvia, ahora más fina, los pequeños arroyos que formaba en la sabana, los altos cedros que su suegro había sembrado cuarenta años atrás, el caballo cebruno, cuyo pelaje se había oscurecido con el agua, los huecos de las lombrices en el patio, la gallina que se había guarecido con sus pollos, todos debajo de ella, cerca de donde él estaba; su vista recorrió la realidad y sintió crecer dentro de sí una tibia ternura por todo lo que veía. Pensó que la mayor parte de todo eso había brotado de sus manos a lo largo de los años, de incontables sudores y desvelos. La abuela regresó con una totuma de té humeante. El abuelo tuvo un acceso de tos. Puso a un lado, recostada contra la pared, la varita seca, sacó un gran pañuelo de bolitas rojas y negras y tosió durante un rato. La abuela esperó a que él terminara de toser; mientras, miró hacia la puerta del cerco y recordó la primera vez, veinte años antes, que entró por ella como esposa del abuelo.

Doscientos metros más allá, rodeada de naranjos y otros árboles frutales, con una gran ciprés al frente, estaba la casa de sus padres. Desde entonces había tenido cuatro hijos y mucha gente había muerto, incluidos su padre y dos hermanos (Emilia de parto y

Félix desangrado en el camino del Río Piedras, después de haber sido cortado a traición por culpa de una mujer), y ahora estaba a punto de nacer su primer nieto. Sin saber por qué, de pronto tuvo la sensación de que la vida era como esa agua que corría debajo de la grama. El abuelo dejó de toser, se limpió los ojos llorosos y pidió el té con voz afónica. Ella observó su cara enrojecida por la tos, su bigote de largas guías, canoso, y sus manos de dedos gruesos y callosos. Me avisa cuando acaba para llevarme la totuma, dijo y regresó a la cocina. El estampido de un trueno trajo a mi madre a la conciencia y por primera vez en mucho rato pensó en lo que estaba próximo a ocurrir. Se tocó el vientre tenso y percibió leves movimientos. Tía Nena le sonrió y ella sintió vergüenza. Intentó bajarse el vestido, pero la tía le dijo: no, quédate así. Mi madre miró hacia la pared y permaneció quieta. Por las rendijas veía la grisácea claridad exterior y escuchaba el ruido de la lluvia y de los animales y el lejano zumbido del río. Tengo sed, dijo. La tía fue al tocador y trajo la linaza y le dio un sorbo. Mi madre cerró los ojos y dobló un brazo sobre la cara. Tenía ganas de dormir un día entero. El acompasado caer de las goteras en la zanja era un sedante. Súbitamente los dolores volvieron y sintió que sus caderas crujían, que la carne se desgarraba; apretó los puños y se mordió los labios, pero no pudo evitar que un quejido hondo y largo saliera de su boca. La abuela oyó el quejido en la cocina y volvió a pedir en silencio que aquello acabara pronto. Después se cubrió la cabeza con un costal de henequén y fue a buscar una lata de agua. Mientras desenrollaba la sogá mojada del pozo (y luego mientras el cubo llegaba al agua y todavía cuando tiraba de él) siguió rogándole a San Antonio que la hija tuviera un buen parto. Cuando regresaba a la cocina, vio que la perra y sus tres cachorros dormían profundamente en el nido que ella les había hecho, con sacos viejos y bagazo de caña, en una esquina del portal. Puso la lata de agua junto a la piedra de moler maíz y colgó el saco mojado cerca del fogón. Oyó que la tía Nena decía algo en el cuarto. ¿Qué dijiste?, preguntó. Nada, respondió Nena; le hablaba a Ninfa. La abuela echó más agua en la paila y después desenterró tres yucas del lugar donde las guardaba para que no se resecaran, y se puso a pelarlas. Al terminar de partirlas, agregó chayotes, un gran pedazo de ahuyama y dos otoes; lavó todo en una totuma grande y luego lo echó en la olla en que hervía la carne desde hacía rato. Mientras revolvía las verduras y atizaba el fogón, oyó la voz del abuelo. Ahorita voy, dijo ella. Tapó la olla de la sopa y fue a buscar la totuma. El abuelo la tenía en el regazo y de nuevo dibujaba figuras en el suelo. La abuela observó en silencio las figuras y recordó que el tío José, ya centenario, casi ciego y sordo como una piedra,

también dibujaba en el suelo cuando llovía. El abuelo le dio la totuma. ¿Se siente mejor?, preguntó ella. Casi lo mismo, dijo él; aunque tengo el pecho menos apretado. La abuela regresó a la cocina y agregó leña al fogón del agua; luego destapó la olla de la sopa y la revolvió con un meneador de madera. Después fue a donde estaba el costal de arroz y sacó tres tazas y las vació en una batea. Mientras cerraba el saco recordó que Nena también iba a comer en la casa y añadió otra porción. Con la batea en las piernas, se sentó junto a la puerta y comenzó a sacar los granos con cáscara. En el portal, la perra gruñía en sueños. El viento había disminuido y la lluvia había arreciado. Las gotas golpeaban el zinc con fuerza. Tía Nena seguía en el borde de la cama dándole ánimo a mi madre; insistía en que mantuviera separadas las piernas y no se desesperara. La primera vez siempre es muy dura, pensaba tía Nena: se ignora todo y el miedo le quita fuerza a la mujer. Recordó sus propios partos y los de algunas de las mujeres a las que había asistido. Había ayudado a traer al mundo cuarenta y nueve niños, sin contar los tres que habían fallecido después de nacer ni los dos que habían muerto dentro de sus madres. Algunos eran sobrinos, otros no eran nada, pero todos le decían madrina y el día de la madre le llevaban regalos. Esos hijos de sus manos eran su orgullo. Cuando veía a los hombres que pasaban a caballo y la saludaban con un grito, o cuando dos o tres muchachas llegaban trayéndole un queso o una jalea y pasaban un rato con ella viendo las flores y hablándole de bailes y de novios, sentía que su vida se ramificaba mágicamente en el vigor de los jinetes y en la gracia de las muchachas; sentía que una parte de sí misma recorría con ellos los caminos y los llanos, o esperaba con ellas la saloma del enamorado detrás de una ventana.

En casi todas las casas de Palma Real, de Caña Blanca, de Los Naranjos, de La Acequia y en dos o tres de otras comarcas (una noche cabalgó cuatro horas, acompañada por uno de sus hijos y por el hombre que vino a buscarla, para ayudar a una mujer de Hato Sole que tuvo mellizos) había alguna vida traída al mundo por sus manos. Dejó los recuerdos y limpió el sudor de la frente de mi madre. Haz fuerza, hija; tienes que hacer fuerza; ya falta muy poco, dijo. Sí (volvió a pensar en los partos primerizos), es verdad lo que dicen algunos: sólo las vacas y las indias nacen sabiendo parir. El abuelo vio que alguien, cubriéndose con una lona embreada, llegaba a la puerta del cerco. Ahí viene uno, dijo. La perra despertó y comenzó a gruñir. Parece que es Silvestre, agregó la abuela, asomada en la puerta de la cocina. Sí, es él, asintió el abuelo desde el portal de la otra casa. Silvestre saludó al abuelo, pero pasó de largo hacia la cocina. Tía Goya, pregunta Mime que

cómo va Ninfa. Entra, no te quedes ahí mojándote, dijo la abuela. Dile que todavía no ha habido nada, pero que ya falta poco; y que todo saldrá bien, con el favor de Dios. ¿Quieres un poquito de maizena? Bueno, dijo Silvestre (sobrino de la abuela, hijo de una hermana de ésta ya difunta, que se había criado con Mime, la madre de la abuela); me caerá bien para el frío. Se miró los pies descalzados y los pantalones arremangados. Parece que va a seguir lloviendo, dijo. Con el de hoy ya son tres días de agua, ¿verdad? Tres y medio; comenzó la noche del martes, precisó la abuela. No sé cómo haremos si hay, Dios no quiera, que llevar a Ninfa a la estación. Silvestre terminó la maizena. Estaba buena, dijo y se limpió la boca en la manga de la camisa. La abuela tomó la totuma. Ahora anda a decirle a mamá lo que te dije. Apenas haya algo yo iré a avisarle. Silvestre salió y la lluvia resonó sobre la lona embreada. Adiós, dijo al pasar frente al abuelo. Adiós, respondió éste; saludos a Mime. El abuelo siguió a Silvestre con la vista hasta que desapareció detrás de las piñuelas de la cerca. Ya es un hombre, pensó; pareciera que fue ayer que enterramos a la finada Emilia y Rosita tuvo que amamantarlo. Isidoro (hermano de la abuela y de Nena, marido de Rosita) quería que se lo dieran del todo, pero Mime se opuso. A cambio de la hija, Dios me deja al nieto; me servirá de compañero, dijo el día que Isidoro le habló del asunto. Rosita lo amamantó tres meses y después tomó leche de vaca negra. Todos estos años ha estado con la viejita. Y cuando Julián (hermano menor de la abuela) tome obligación y se vaya, Silvestre seguirá acompañando a Mime hasta la muerte. Un quejido más fuerte que los anteriores, casi un grito, volvió al abuelo a la realidad. Si hay que llevar a Ninfa a la estación, será un problema reunir gente, pensó: Faustino (hijo segundo de la abuela) no vendrá hasta el mediodía y Milton (hermano menor de mi madre; la abuela lo había mandado al amanecer a la tienda, distante cinco millas) es demasiado chico; habría que decirle a Isidoro, a Candelario (hijo de Isidoro) y a Silvestre. Ya serían cuatro. Pero faltaría el relevo que se encargara de los caballos. Si no me hiciera daño mojarme... Y las quebradas deben estar hondas; antes de que comenzara a llover estaban crecidas. Vio que el agua había borrado las últimas figuras que había hecho, pero no le dio importancia. Ojalá no sea menester llevarla, pensó y caminó hasta un extremo del portal y orinó en la zanja de las goteras. Tengo miedo, tía, dijo mi madre. Cálmate; los dolores son buena señal y yo estoy contigo; no tienes por qué tener miedo. La tía palpó el vientre de mi madre y se dijo que todo iba bien. Tal vez todavía tardara un rato, pero casi seguro que no habría complicaciones. Mi madre sintió las manos de la tía y se serenó; incluso quiso sonreírle. Era buena tía Nena: a ella la había

traído al mundo y a Faustino y a Milton y a Lucrecia (la otra hija de la abuela; estaba donde Mime porque era demasiado joven para ayudar en un parto); los había traído a todos y todavía ahora... Su mano agarró la de la tía, pero no pudo sonreír porque un espasmo prolongado paralizó sus nervios. Ahora los dolores eran mucho más intensos y se repetían cada pocos segundos; le parecían largos, interminables desgajamientos que le astillaban los huesos. ¡Ay, gritó, Roberto, me muero! Tía Nena observó las contorsiones y pensó que ahora sí era inminente el parto. ¡Goya, gritó, ten el agua lista! Sobre la otra cama que había en el cuarto dispuso las sabanitas, las tijeras y los trapos limpios; también puso sobre la cama el viejo platón, lleno de flores blancas, celestes y rosadas, en que acostumbraba lavar a los recién nacidos. La abuela entró. ¿Traigo el agua ya? No, respondió tía Nena, pero tenla lista; de un momento a otro será la cosa y debe estar bien caliente. La abuela buscó en la tablilla que había encima de la otra cama una bolsa de papel y de ésta extrajo una botella de bayrum y una lata de polvos para el cuerpo y las puso cerca del platón. Esto es bueno para la criatura, dijo. Tía Nena asintió en silencio y regresó junto a mi madre. Ahora sí, hijita, dijo, puja con todas tus fuerzas; no dejes de hacerlo, por más que te duela. Tengo sed, dijo mi madre. Es mejor que no bebas ahora, aconsejó la tía; después podrás tomar té. La abuela había regresado a la cocina. Goya, llamó tía Nena, cierra la puerta del cuarto porque el viento de agua puede hacerle daño a Ninfa. La abuela cerró la puerta, sin entrar. El abuelo preguntó algo desde el portal, donde había vuelto a sentarse. Ya casi, respondió la abuela mientras regresaba a la cocina. Puso más leña en el fogón del agua y disminuyó el fuego de la sopa. Luego, en tanto lavaba el arroz, elevó otra silenciosa plegaria a San Antonio. El abuelo tuvo un acceso de tos y al acabar escupió en el patio, más allá de las goteras. Las gotas finas disolvieron lentamente la saliva espesa y espumosa. Pensó que no debía estar tanto tiempo en el portal porque la humedad podía perjudicarlo, pero tampoco soportaba estar dentro de la casa: el sufrimiento de Ninfa era demasiado duro para tenerlo cerca. En el portal lo mortificaba; adentro hubiera sido como caminar sobre trozos de candela. La lluvia disminuyó y algunas de las gallinas que estaban en el portal salieron a buscar lombrices. Una defecó en el extremo del portal y el abuelo le dio un golpe con la varita seca. La gallina cacareó y las otras también se asustaron y miraron hacia el abuelo. Después salió la de los pollos y éstos corrieron detrás y alrededor de la madre hacia uno de los grandes árboles de mango, debajo del cual la tierra estaba limpia de hierba y había muchos huecos de lombrices. El abuelo los vio alejarse y recordó que a la abuela siempre le había gustado

mucho criar pollos. Desde muy joven acostumbró tener una o más gallinas echadas, y cuando las propias gallinas no ponían suficientes huevos para completar una camada, los conseguía prestados; a veces incluso, si no conseguía de gallina, las echaba con huevos de pata o de pava. La abuela revolió la sopa y probó el punto de sal. Faltaba poco para que estuviera lista. Le quitó la mayor parte de los tizones y los puso en el fogón en que cocinaría el arroz. Cuando Milton llegue, pensó, ya tendré la comida. Aunque el sol no había aparecido, calculaba que debían ser más de las nueve. El motor sube a las ocho para Palmira; Milton se fue como a las siete: antes de mediodía deberá haber vuelto. Puso a calentar el agua con la sal y la manteca, luego echó el arroz y acomodó los tizones. En el cuarto se oía a tía Nena hablandóle a Ninfa.

La abuela recuerdo cómo había sufrido al darla a luz: la niña era grande y estaba demasiado gorda; ella tenía dieciocho años, era su primer parto y sentía que el mundo se acababa. Si no hubiera sido por Nena, pensó, yo tal vez no estaría aquí. Oyó que el abuelo espantaba a las gallinas y sonrió para sí. Un día de estos le diré: si no quiere que las gallinas ensucien, hágales un excusado, pues. Imaginó la cara de disgusto que pondría. Cuando se disgustaba enrojecía y daba la impresión de que de un momento a otro la sangre le iba a brotar en las mejillas y en las orejas. En eso se parece al Tata Juan, pensó; también es así. Seguramente han sacado eso del francés. Cuentan que era un hombre muy blanco y muy bravo. Y muy terco también. Tuvo diecisiete hijos con la mama Epifania, y quería dieciocho, pero ella no podía tener más; entonces él se dio a los demonios y dijo que ella no servía para nada, y estuvo cerca de un año sin hablarle. Era muy testarudo. Le volvió a hablar cuando estuvo a punto de morir una de las hijas y el cura que vino de Dolega les dijo que tenían que hacer las paces para no aumentar los sufrimientos de la enferma. Con eso se ablandó. La muchacha se puso buena y todo anduvo bien hasta el verano siguiente. El francés se fue a las galleras de La Candelaria y allá decidió completar el número dieciocho con una mujercita de Caldera, carilinda y con ancas de avispa, que descifraba el destino con la baraja. Después se supo que tuvo un niño que murió a los días de nacido (las malas lenguas decían que la madre lo había ahogado); la mujer se perdió de vista y el francés sacó de este capricho unos granitos rosados que nunca se le curaron. Algunas gallinas llegaron a la puerta de la cocina y la abuela les tiró al patio las cáscaras de las verduras. Mientras las gallinas picoteaban, la abuela tuvo una sensación de fatiga y recordó que en el desayuno sólo había tomado café. Se sirvió una totuma de maizena y la bebió a grandes

sorbos en tanto atizaba el fogón del agua. Afuera, el humo de la cocina moteaba de azul la claridad gris, en la cual los árboles, agobiados por el agua, eran manchas verduzcas y difusas. La perra, levantó la cabeza y miró hacia el portillo que había en la piñuela, a cien metros a la derecha de la entrada principal. Estaba atenta, como si esperara la aparición de alguien, pero luego volvió a reposar la cabeza sobre las patas delanteras. Uno de los cachorros despertó en ese momento y buscó la teta. La perra captó otra vez el ruido y nuevamente irguió la cabeza. Eran las pisadas de un caballo en el cascajal de la quebradita que dividía las tierras del abuelo y las de Chángеле, el esposo de tía Nena. La perra gruñó y esperó que asomara el caballo en el portillo, pero éste siguió de largo por el camino real y poco después se oyeron voces en la puerta del cerco de Mime. La perra se desentendió del caballo, olió al cachorro que mamaba y pronto estuvo dormida. Donde Mime sonaron las trancas de la puerta y las voces dejaron de oírse. El abuelo dijo: ¿Dónde estaría Isidoro?; creo que él fue el que llegó a donde Mime. Quién sabe, dijo la abuela desde la cocina; tal vez vendría de donde Gabriel. Rosita me dijo que Gabriel quiere comprale el cerco que era del difunto Rufo. Pudiera ser, dijo el abuelo. Seguía sentado en la silleta, pero ya no dibujaba; ahora su atención estaba puesta en lo que sucedía en el cuarto. Oía la voz de la tía Nena y los quejidos de mi madre y rogaba porque todo acabara pronto. Recordó la noche en que abuela tuvo a Ninfa. El había querido estar cerca para ayudar en lo que pudiera, pero Mime y Nena se opusieron. Estas son cosas de mujeres, dijo Mime; usted espere afuera, que si hace falta lo llamamos. Y él estuvo sentado en la oscuridad, en el mismo sitio donde estaba ahora, viendo pasar las horas, con los gritos de la abuela clavándosele en el cuerpo. Después, a eso de medianoche, apareció la luna sobre la cordillera del saliente y su reflejo engendró criaturas extrañas en el follaje negro del mango, movido por el viento del norte. Era diciembre y había más estrellas que en ninguna otra época del año. Una de las veces que salió a orinar, miró el cielo y vio una estrella fugaz. Había oído decir que esas estrellas nunca caen sobre la tierra porque son almas perdidas que habitan en el mar. Pensó que él nunca había visto el mar y, de pronto, lo imaginó como un gran río de cuatro orillas. Cuando él era muy chico, el indio Belisario trabajaba para el Tata Juan. Belisario era un hombre ya viejo que había salido pequeño de su pueblo, al que jamás había vuelto. ¿A qué vuelvo?, decía cuando le tocaban el tema; allá sólo quedan ánimas. Ya nadie vive en el lugar donde nació; todos se han muerto, o se han ido, que es casi la misma vaina. A prima noche, concluida la jornada, Belisario conversaba con los demás peones en el corral y

afirmaba haber estado muchas veces en el mar; hablaba de tiburones, de balandros y de otras cosas que ninguno de sus oyentes había visto nunca ni sospechaba que existieran. El mar es un río redondo y salado, decía Belisario, pero uno sólo puede ver una de sus orillas; las otras nadie las ha visto. Dicen que en ellas también vive gente como nosotros, pero nadie ha visto a esa gente. Por mi parte, creo que sí puede haber algo en esas orillas y me gustaría conocerlas algún día. El abuelo escuchaba embelesado a Belisario hasta que éste ponía fin a sus historias con un salivazo chocolate, daba las buenas noches y caminaba parsimoniosamente hacia la barraca donde dormía con los otros peones. En esa época, muchas noches el abuelo se durmió pensando en las orillas del mar; y años después, ya grande, quiso ir al mar a buscar pescado para la cuaresma, pero el Tata Juan lo disuadió. En el mar hay muchas enfermedades, dijo; yo nunca he ido allá, pero don Luigi (su padre, presumiblemente italiano, aunque llamado el Francés) me habló de eso cuando estuve en edad de entender las cosas; me contó que en el mar están las mentadas sirenas, que son causa de muchos males. El abuelo no hizo el viaje: un deseo del Tata Juan era una orden inapelable para su mujer, para sus hijos y hasta para sus animales. Luego, poco antes de casarse con la abuela, oyó decir que un hombre de Guacá había cruzado el mar en una canoa más grande que una casa y que echaba humo como un tren. Eso le pareció pura fantasía de tunantes y dejó de pensar en el mar. Sin embargo, esa noche en que nació Ninfa volvió a pensar en el mar y, sin explicarse cómo ni por qué, resolvió que era un río de cuatro orillas. Ahora no había estrellas ni luna ni tenía ganas de pensar en el mar, tal vez porque ya no era joven o porque el asma y la lluvia le hacían más doloroso el sufrimiento de Ninfa. Bueno, pensó, que sea lo que Dios quiera, pero que todo acabe pronto y no haya necesidad de llevarla a la estación. Se sonó la nariz con el pañuelo de bolas mientras oía a Nena mover cosas en el cuarto. La lluvia casi había cesado y una ligera brisa desprendía las gotas depositadas en las hojas de los árboles. Los pollos habían encontrado algunas lombrices debajo del mango y se las disputaban en medio de agudos chillidos. La madre descubrió un hueco donde había varias y cloqueó llamándolos. Los pollos abandonaron las primeras y se precipitaron sobre las segundas; cuando acabaron con ellas, la gallina los guió hacia donde había un tronco podrido y comenzó a escarbar en la tierra suelta y mojada. Tres orugas gordas y blancuzcas aparecieron retorciéndose y los pollos las devoraron. La gallina los vio comérselas y después los apartó y siguió escarbando. El arroz había consumido el agua; la abuela lo tapó y le sacó los tizones, dejándolo sólo al calor de las brasas. Luego fue al cuarto.

La tía estaba acomodando las piernas de mi madre. La cosa será en cualquier momento, comentó. La abuela asintió en silencio y permaneció quieta, cerca de la puerta. Veía a mi madre retorcerse y hacer fuerza y una fugaz preocupación puso arrugas en su cara. Después contempló la imagen de San Antonio que había encima del tocador, delante de la cual estaba encendido un candil de sebo, y rezó sin mover los labios. Oyó al abuelo sonarse la nariz y fue a preguntarle si quería más té. Dentro de un rato, dijo el abuelo sin mirarla. Ella miró hacia la puerta del cerco y dijo: las quebradas deben estar muy crecidas. El aprobó con un gruñido. Ha caído mucha agua, agregó; ¿cuándo escampará? Ambos escrutaron el cielo del sur por entre las ramas de los cedros. Quién sabe, dijo ella; Dios y la virgen quieran que pronto. No hablaron más y el abuelo se atizó los bigotes. La abuela comprendió que el abuelo estaba preocupado por lo mismo que ella. Me avisa cuando quiera el té, dijo y regresó a la cocina. La abuela oyó la saloma de Milton cuando éste aún estaba lejos. Debe venir por el Camino Oscuro, pensó. Destapó el arroz y comprobó que estaba listo. La saloma de Milton se unía al zumbido del río en la calma gris. La abuela oyó las pisadas de la yegua en el pedregal, al bajar la loma de la quebradita, luego el chapoteo en el vado y de nuevo las pisadas firmes en el cascajo de la pendiente opuesta; después percibió el trote fuera de la piñuela y, ya con toda claridad, los golpes de las trancas al abrir Milton la puerta del cerco. Milton traía la silla cubierta con una lona embreada y el cuerpo de la yegua despedía vapor. La abuela salió al portal de la cocina. Milton detuvo la yegua junto a las goteras y soltó de la silla el saco que contenía las compras. La abuela lo tomó. ¿Traes todo lo que te encargué?, preguntó. Sí, pero las sardinas son de otra marca. ¿Te despachó doña Nelly? No, Riche; doña Nelly estaba acostada; parece que tiene catarro. Bueno, desensilla y ven a tomar maizena. Milton condujo la yegua hasta el portalito trasero, donde el abuelo guardaba las monturas y aparejos de carga. Dejó la silla en su sitio y soltó la yegua en la cuadra de hierba. En la cocina, se sentó junto a la puerta y esperó a que la abuela le sirviera la maizena. El agua me dio fatiga, dijo. Había hecho casi todo el camino bajo la lluvia. Había habido pequeñas bonanzas pero no había visto el sol. Las nubes cubrían el cielo en todas las direcciones; no se veían los cerros ni la costa y de las hondonadas, durante las bonanzas, surgían columnas de neblina. La abuela le dio la maizena y bebió sin respirar. ¿Cómo ha seguido Ninfa?, preguntó al terminarla. Igual; Nena está con ella, respondió la abuela mientras tomaba la totuma y la ponía en la batea de los trastos sucios. La comida está ya; ¿la quieres de una vez o esperas un rato? Esperaré a que baje la maizena. ¿Riche no

te dijo nada de la cuenta? , preguntó la abuela. En la tienda estaban dos muchachos de Cochea y un hombre que Milton no conocía. Cada uno tenía una bolsa colgada del hombro y Riche conversaba con el hombre acerca del mal tiempo y de una novillas cebú que doña Nelly había comprado a un ganadero de Bijagual. Me dijo que le dijera a papá que debemos doce dólares, respondió Milton. Habrá que abonar algo, dijo la abuela. El abuelo llevaba dos semanas sin poder trabajar. Si sigue enfermo, habrá que venderle un novillo a doña Nelly, pensó la abuela. ¿El domingo que estuviste en el Jagüita viste al monguto? ¿Se podrá vender? ¿No está muy flaco? Milton meditó antes de contestar: Está un poco delgado; creo que tiene mejor estado el careto. Por ese podría darnos cuarenta dólares, pensó la abuela; con eso se aliviaría la situación por un tiempo. En ese momento oyó un grito de mi madre. La brisa había dejado de soplar y las gotas de lluvia volvían a ser gruesas. El abuelo las veía caer con intensidad creciente en la zanja de las goteras y en la tierra pelada del patio. Había observado a Milton desmontar para abrir la puerta, cerrarla, montar de nuevo y pasar hacia la cocina; había seguido todos sus movimientos y luego había intentado captar la conversación con la abuela, pero los quejidos de mi madre y ahora el sonido de la lluvia en el zinc ahogaban las voces. Sin embargo, creía haber escuchado que la abuela hablaba de vender un novillo. En los últimos dos años habían vendido cinco reses y la peste había matado tres; quedaban catorce. Una ráfaga de preocupación lo agitó. Si el asma seguía molestándolo... Faustino aún era demasiado joven para afrontar todas las responsabilidades de la casa; y al Tata Juan no podía pedirle ayuda, porque estaba muerto; y ni aunque hubiera estado vivo habría podido hacerlo: desde que hizo testamento, todos los días anunciaba que pronto moriría y prohibió que alguien le pidiera algo; además estipuló que nadie tocara nada de la herencia hasta que él no tuviera un mes de sepultado. No quiero que mis hijos parezcan gallotes, decía, que les sacan los ojos a las bestias todavía estando vivas; no, señor, que esperen y aguanten, que mi hora no demora. El abuelo frunció los labios y se acarició el bigote: ni en las proximidades de la muerte cambió el Tata Juan su modo de ser. Milton oyó el grito y no preguntó nada. Permaneció un rato mirando hacia el camino y luego fue a donde el abuelo y se sentó en el quicio. ¿Cómo sigue usted? , preguntó. Un poco mejor; ¿cómo te fue por la tienda? Bien, dijo Milton. El abuelo volvió a toser. Milton quitó la vista para no ver su cara congestionada y sus ojos llorosos. El abuelo sacó el pañuelo y se sonó la nariz con fuerza. ¿Por qué no toma una cucharada de jarabe? , preguntó Milton. Ya tomé, respondió el abuelo, casi sin aire. Pasó el espasmo y ambos continuaron calla-

dos. Milton oía el silbido trabajoso de la respiración del abuelo. Tal vez haya que buscar gente para llevar a Ninfa a la estación, dijo el abuelo al rato. Milton esperó que continuara. Faustino ya no demora y donde Mime están Isidoro y Silvestre; habría que decirle a Canducho y a algún otro; quizá Chángel pudiera ir... Yo podría, dijo Milton. No, estás muy chico, dijo el abuelo; sólo servirías para llevar los caballos, no para relevar a los cargadores. ¿Quiere que vaya a avisarles?, preguntó Milton. No, hay que esperar; Nena es la que decide, dijo el abuelo. Un nuevo acceso de tos le impidió seguir hablando. Cuando pasó, respiró hondo, con la boca entreabierta para tomar más aire. Ahora llovía más fuerte y la gallina y los pollos regresaron al portal. Los pollos pasaron debajo de la silleta del abuelo y Milton agarró uno. Tenía el buche tibio y lleno. La gallina cloqueó y quiso picar a Milton; éste la espantó con el sombrero y luego soltó el pollo, que corrió a acomodarse con la madre y los hermanos junto a la pared. La abuela llegó de la cocina y vio a los pollos desaparecer debajo de la madre. ¿Quiere más té o le traigo ya la comida?, preguntó al abuelo. Mejor té, dijo el abuelo; todavía no siento hambre. ¿Y tú?, preguntó a Milton. Tampoco quiero todavía. Hoy nadie tiene hambre, se dijo la abuela y fue a buscar el té. ¡Milton!, llamó desde la cocina, ven a llevarle el té a tu papá. Milton entró en la cocina. La abuela estaba parada en el centro, con una totuma vacía en la mano. ¿Le dijiste lo de la cuenta?, preguntó en voz baja. No, dijo Milton. No le digas nada. La abuela sirvió té de una jarra de tagua azul y le dio la totuma a Milton. Aquí tiene, dijo Milton al abuelo. Este sopló el té humeante y luego bebió un largo trago. Sentía que la infusión de hojas de guanábano aliviaba su garganta, irritada por los tos. Los truenos habían dejado de oírse y ahora volvieron a retumbar por el sur, apagados y lejanos. En Dolega también debe estar lloviendo, pensó el abuelo. Las tormentas casi siempre venían del sur, precedidas de un viento frío. Si uno estaba en la estación o en el llano o en cualquier sitio despejado, podía ver la tormenta en el horizonte; parecía una cortina de hilos muy finos, colgada de las nubes; y si uno observaba bien, podía ver cómo se aproximaba mientras las masas de nubes iban juntándose hasta cerrar el cielo. En la soledad del llano, la tormenta ahogaba la luz y también parecía querer ahogarlo a uno. Las primeras gotas eran gruesas, espaciadas y muy frías; después el diluvio se cerraba y el mundo desaparecía en un limbo cenizo. El caballo había dejado de comer y estaba parado debajo de un naranjo. Cuando escampe, cortas unas cañas y se las echas al caballo; desde anteayer no come caña, dijo el abuelo a Milton. ¿Se las doy con cáscaras o peladas? Mejor pícaselas; así no desperdicia nada. El caballo tenía más de diez años, pero aún se

veía fuerte; ahora estaba con una pata floja y los ojos cerrados. Mi madre gritó: ¡Roberto! y entrevió, como si estuvieran allí, pero velados, una sonrisa y un rostro; casi que sintió otro cuerpo junto al suyo, y su piel revivió palabras dichas mucho antes y caricias largas y lentas en el sonido de la lluvia. Debajo del dolor vibraban voces y recuerdos de otros sudores, de otros días, de otras noches de agua o de luna; los dolores de ahora prolongaban aquel, fugaz, de una tarde junto al río Majagua, cuando abrió su piel a otra piel ardorosa y a la vida que ahora, ¿cuando, Dios, cuándo?, nacería. Tía Nena decía: no te desesperes y haz lo que te digo. Mi madre procuraba seguir sus indicaciones, aunque le parecía que el dolor no estaba sólo en el vientre porque sentía agujas clavadas en todo el cuerpo. De pronto se le ocurrió que no debía estar sola con la tía, que él debía estar acompañándola; así ella no sentiría los dolores sino la ansiedad gozosa de ambos por lo que estaba a punto de ocurrir. Tengo sed, dijo; no puedo más. Espera, dijo tía Nena; espera, hijita, que falta muy poco. La abuela estaba dándole de comer a la perra cuando Faustino asomó en la puerta del cerco cubriéndose con una lona. El abuelo lo vio y dijo: viene Faustino. Ya lo había visto, contestó la abuela. Milton siguió sentado en el quicio, viéndolo aproximarse. ¿Te fue bien?, preguntó el abuelo. No pudimos hacer mucho, dijo Faustino; el agua no dejaba abrir los huecos para los postes. Debían tender quinientas brazas de alambrada y apenas habían tendido cien. No desensilles el caballo, por si hay que llevar a Ninfa a la estación, dijo el abuelo. ¿Se puso mala?, preguntó Faustino. Sí, dijo el abuelo; poco después de que te fuiste. Faustino amarró el caballo en el calabazo próximo y tapó bien la silla con la lona y caminó hacia la cocina. En la oreja de un horcón colgó la bolsa en que llevaba al trabajo la totuma y la raspadura. ¿Quieres comida o maizena?, preguntó la abuela. Maizena, respondió sentado junto a la puerta. La perra había terminado de comer y los cachorros retozaban con ella en el nido. ¿Soltaste el caballo?, preguntó la abuela. No, está amarrado en el calabazo. Yo creo que no va a ser necesario llevarla, dijo la abuela; le he ofrecido una manda a San Antonio. Las quebradas están hondas, dijo Faustino; en la de Ismaela el agua tapa los estribos y en la otra me mojó los peleros. Ahora llovía muy fuerte y la luz del mediodía agonizaba en las hojas de los árboles. Algunas gallinas habían buscado refugio en el portal de la cocina y uno de los cachorros se acercó olisqueando a ellas; una le dio un picotazo en la cabeza, el perrito chilló y la perra, enfurecida, las ahuyentó del portal y tuvieron que buscar amparo en los aleros de la otra casa. La lluvia había vuelto a formar arroyos en la sabana y la zanja de las goteras se desbordaba. Si sigue lloviendo así, no podremos trabajar maña-

na, dijo Faustino, que miraba hacia afuera con la totuma vacía en las manos. La abuela iba a comentar algo pero en ese momento, después de haberse apagado el estampido de un trueno, oyó el grito largo y hondo, desgarrado, de mi madre. ¡Goya, trae el agua! , gritó tía Nena. La abuela y Faustino dejaron en el cuarto la paila humeante. Ten listas las tijeras, dijo la tía. La abuela tomó las tijeras, les echó agua caliente, las secó con un trapo limpio y las puso junto a las sabanitas. Pon a calentar más agua en la olla azul, ordenó a Faustino y se aproximó a la cama de mi madre. Ya no habrá que ir a la estación; bendita sea la Divina Providencia, pensó y miró agradecida la imagen de San Antonio. El abuelo y Milton miraban la lluvia sin hablar. Se habían formado charcos en las depresiones de la sabana y el abuelo se preguntó de dónde sacaría el cielo tanta agua: en cuatro días, prácticamente no había cesado de llover. Lo acometió un acceso de tos y Milton tuvo la sensación de que su propio pecho estaba a punto de estallar; le parecía que en la fatigosa respiración del abuelo había como una renuncia a la vida. De pronto oyó el grito de Ninfa y el miedo le enfrió los huesos, sin que supiera por qué. El abuelo también lo escuchó, apagado por la tos, y sin que tampoco supiera por qué se sintió contento. Ese grito había sonado distinto a los anteriores: parecía brotado de la sangre. Cuando pasó la tos, llamó a la abuela. Ahora voy, respondió ella desde el cuarto. Y en ese mismo instante mi primer llanto se mezcló con el sonido de la lluvia en el zinc, con el estornudo del caballo amarrado en el calabazo y con el lejano zumbido del río. El abuelo sonrió en silencio y, como si repentinamente se hubiera librado de una carga muy pesada, aspiró hondo y miró la lluvia, los cedros, su viejo caballo cebruno y a Milton. La familia está creciendo, comentó luego. Sí, dijo Milton. Y, sin decir más nada, el abuelo agarró la varita seca y de nuevo comenzó a dibujar figuras en el suelo.

HIJO DE LA LUNA

Unos decían que Ismael era así porque había nacido en luna llena. El padre, el Cojo Pinto, es el culpable, aseguraban otros. Ustedes recuerdan qué paleras le daba a la madre, aun estando embarazada. Casi todos los sábados regresaba borracho de la gallera y la traqueaba. Una vez tuvo que intervenir el regidor. ¿No se acuerdan? Eso fue lo que provocó que el muchacho saliera así y que ella no pudiera tener más hijos. No pudo ser otra cosa sino los golpes del Cojo, que siempre fue medio salvaje. ¡Qué luna ni qué luna!

Ismael tenía la cabeza grande, mucho más que cualquier otro hombre, y en plenilunio le sonaba como si cargara adentro un coco lleno de agua. Además, no era listo para nada. En su niñez, fuera de astillar leña con un hacha roma, de hacer huecos en el suelo y de apretar pollos hasta destriparlos, no aprendió mayor cosa. Ni siquiera aprendió a jugar. Todos coincidían en que su diversión consistió siempre en apretar un pollo hasta que la sangre tibia le escurría entre los dedos y el animalito se desmadejaba en un chillido. Durante un rato se quedaba mirándolo, embelesado, como ido; luego, cuando las moscas empezaban a zumbar y a pararse en el cadáver, hacía un hoyo, con un palo o con un machete viejo, y enterraba al animal. (Casi todos los días Petronila, su madre, recibía la queja de que Ismael había matado un pollo o un pato en la vecindad. A los patos sólo los mataba cuando no había pollos, y nadie, tal vez ni él mismo, supo nunca la razón de esa preferencia.) Otras veces, aunque no hubiera destripado a ningún pollo, escarbaba huecos, metía piedras en ellos y volvía a taparlos. Hacer hoyos era su gran pasión. Quizá por eso, excavar excusados y pozos fue el oficio que escogió, ya hombre, cuando la malaria consumió al Cojo Pinto y él quedó solo con Petronila, que ayudaba a sostener la casa lavando ropa ajena y rezando en las mortorias.

Ismael era formidable abriendo pozos. Nadie recordaba otro pocero de igual fuerza y habilidad. Las lajas y las piedras más duras las rompía a golpe de barreta. Nunca usaba dinamita. Además, era probable que ni siquiera hubiese oído hablar de ella, pues su espíritu entendía poco de las cosas del mundo; sus preocupaciones no abarcaban sino lo más inmediato y urgente. Pese a los ruegos y reproches de Petronila, usaba la ropa, sin lavarla, hasta que prácticamente se le caía a pedazos. Nadie podía decir, al cabo de una

semana de llevarlos puestos, de qué color eran su camisa o sus pantalones, porque, cualquiera hubiera sido éste, una espesa capa de tierra y sudor lo asemejaba a su piel trigueña.

Casi no hablaba con nadie y pasaba largas temporadas en la montaña. Cuando ocasionalmente salía al pueblo, compraba víveres en la tienda de Eufemio y luego iba a la cantina de Saúl. Allí pedía una botella de seco y se sentaba a tomar solo, en una mesa apartada, hasta terminarla; después pedía otra y, al llevar ésta mediada, comenzaba a cantar un **pasillo** de letra quejumbrosa que los más viejos recordaban haber escuchado en su juventud. ¿Dónde y de quién lo había aprendido Ismael? Finalmente, al aburrirse de repetir la canción, recorría la cantina con mirada extrañamente luminosa. Sus ojos iban de un lado a otro, se posaban fugazmente en las mesas, en los anaqueles, en las botellas y garrafas, cubiertas de polvo y telarañas, en la barra de madera pulida, en las lámparas de kerosene adosadas a las paredes, y pasaban sobre los hombres hasta detenerse en una cara; entonces parpadeaban perezosamente, como asombrados de toparse con un rostro, y de la boca de Ismael brotaba la voz áspera: ¿Y tú quién eres, ah, hijo de puta?

La primera vez que hizo eso, el ofendido, un hombre de Guacá que se dedicaba a la compra de ganado, se levantó a pegarle. Ismael lo dejó aproximarse y, al tenerlo cerca, le dio un golpe con la mano abierta que lo lanzó a cinco metros de distancia. Saúl y los demás que estaban en la cantina quedaron pasmados. Nunca habían pensado que Ismael fuese tan extraordinariamente fuerte. Se corrió la voz de lo sucedido y en adelante nadie hizo caso a las injurias de Ismael. Incluso los concurrentes preferían abandonar la cantina antes de que éste comenzara a cantar.

Lo curioso de esa primera vez fue que Ismael, al ver al hombre desvanecido, se puso a llorar. Parecía niño con lombrices o remordimientos. Lagrimones como pepitas le surcaban los cachetes; y estuvo llorando durante horas, hasta que se durmió debajo de la mesa. De allí lo sacaron entre varios y lo dejaron al sereno, tendido en la sabana, cerca del naranjo donde tenía amarrado su caballo. Cuando amaneció, no estaba. Y desde entonces la historia se repitió cada tres o cuatro semanas.

Ismael llegaba al pueblo pasado al mediodía, compraba bastimentos donde Eufemio, los metía en unas viejas alforjas de lona que cargaba en la montura, y luego iba a la cantina. Como ahora no tenía con quien pelear, al dejar el canto lanzaba insultos impersonales: me las van a pagar, vergajos, cabrones, chuchas de su madre; me la van a pelar el día menos pensado; creen que soy pen-dejo, pero por la virgen y diosito mismo que los jodo. Después se

levantaba como enloquecido y rompía sillas y mesas; y, tras de haber roto una silla o una mesa, lloraba hasta quedar dormido. Saúl y algún voluntario lo dejaban junto a su caballo, y al amanecer se había ido.

Nadie se metía con él. Lo que pasa es que es un angelito de Dios, decían algunas viejas, que a veces pierde la cabeza por tanta maldad que hay en el mundo. En realidad, Ismael era un elemento familiar en la comunidad, una especie de gigante travieso, y en el fondo bueno, que no causaba mayor daño. Más bien era servicial, pues si alguna mujer le pedía que le rompiera una piedra estorbosa o le rajara un leño demasiado grueso, lo hacía sin cobrar y casi con alegría. En un instante, sus golpes poderosos volvían polvo la roca o astillas el leño, y se marchaba sin esperar las gracias. Por otra parte, se daba el caso de que, íntimamente, muy en lo hondo, aunque no sin amagos de vergüenza, algunas mujeres hubieran querido convertirse en piedras, para ser trituradas por Ismael, porque su cuerpo basto y nervudo despedía un hálito animal que les parecía excitante y turbador. Lástima que sea tonto, se lamentaban, si no qué hombre sería.

Ismael había traspuesto los veinticinco años sin que nadie le conociera amores. Tampoco se sabía que hubiera estado nunca donde Foncha, la muda cuarentona que vivía cerca del cementerio y que, entre otras cosas, gozaba fama de bruja y cobraba dos reales por un **preparado** de hierbas y sustancias mágicas o por desvirgar a los muchachos. En cuanto a mujeres, Ismael no tenía historia. No iba a bailes ni a fiestas. Y si alguna vez se encontraba casualmente con muchachas, daba los buenos días con la vista fija en el suelo, como si temiera mirarlas. Las más atrevidas le gritaban: ¡Ismael, Ismael, córtame un clavel! ; él se sonrojaba y, sin volver la cara, seguía en silencio su camino. Por eso a todos sorprendió un día el rumor de que Ismael tenía una mujer.

Nadie podía precisar quién había dado la noticia; simplemente, ésta comenzó a rodar y a crecer. Tal vez el primer indicio fue que alguien dijo que Ismael estaba construyendo un volado en la parte trasera de su casa. Era un anexo sin puertas ni ventanas, achaparrado, de apariencia tosca. ¿Para qué quería Ismael un anexo, si vivía solo y él mismo se hacía la comida desde que, años antes, Petronila había muerto mordida por una víbora? ¿Para qué un anexo sin ventanas? Además, ¿para qué —se preguntó la gente después— compraba cintas de colores y collares de cuentas?

La mujer de Eufemio intentó averiguarlo una vez, pero Ismael fingió no escuchar la pregunta y ella no se atrevió a insistir. La curiosidad siguió creciendo y engordando. Sin embargo, nadie se

animaba a preguntar directamente a Ismael por qué o para quién, cada vez que venía al pueblo, agregaba a los víveres rollitos de cintas rojas, verdes, azules y moradas. Finalmente, aunque nadie había comprobado nada, todos acabaron convencidos de que una mujer había entrado en la vida de Ismael. En torno a ésto, los hombres hacían chistes y las mujeres cuchicheaban que quién sería ella, pobrecita, no vería que era tontito; qué futuro, qué hijos iba a tener, Dios la ampare. Eso decían estando juntas, en la quebrada o en la tienda; pero, de noche, en los desvelos de la cama solitaria, alguna imaginaba escenas entre Ismael y la desconocida.

Meses después, alguien dijo que, desde el monte, mientras rastreaba a un ternero extraviado, había divisado a la mujer de Ismael, que era de buen ver, con grandes pechos y nalgas apretadas. Entonces, también algunos hombres concibieron escenas rijosas de Ismael y la desconocida. Y una tarde, mientras mataba el tiempo en la cantina de Saúl, el viejo Eustaquio, famoso por sus dichos, apuntó: Bueno, señores, no me crean si no quieren, pero, por esta cruz de coral que me dio mi madre al morir, les aseguro que los que saben cuentan que los hijos de la luna, los luneros que los llaman, son cargados, muy cargados; así que tal vez la mujer esa vio orinando al pocero y le nació el antojo de que le escarbara un pozo. Todos rieron la ocurrencia y durante un rato tejieron comentarios y fantasías en las que Ismael era asemejado a los toros, a los caballos y a los burros.

Días más tarde, sin embargo, el tema de la mujer de Ismael fue desplazado por la peste que, venida no se sabía de dónde, comenzó a matar el ganado. Un novillo que parecía estar sano hoy, mañana amanecía sin poder levantarse, como si lo hubieran descaderado, y echando espuma por la boca. Entre mugidos cavernosos y desgarradores, las bestias sufrían horriblemente antes de morir. Muchos, desesperados, sacrificaban los animales para acortarles la agonía.

El terror se apoderó del pueblo y algunos propusieron trasladar el ganado sobreviviente a las riberas del Chirigagua, en el Valle de las Nubes, al otro lado de los cerros. Allí el agua y los pastos eran buenos; seguramente a ese lugar no llegaría la enfermedad. Pero esta idea, que al principio pareció aceptable, fue rechazada porque otros alegaron que si algunas reses ya iban contaminadas, al juntarse éstas con las sanas, la plaga acabará con todas. Además, el viejo Eustaquio contó que, medio siglo antes, en las comarcas de la costa, él había visto una epidemia y había aprendido que era inútil tratar de huir; el espíritu del mal estaba en el aire, en el agua, en la tierra y en todas partes. Las pestes, dijo, eran como las tormentas; ante ellas no se podía hacer más que esperar a que pasaran.

Entonces alguien discurrió pedir ayuda a las autoridades. Vinieron veterinarios de la capital de la provincia, ordenaron que todas las reses enfermas fueran muertas y enterradas, regaron cal en los corrales y se marcharon, pero hubo nuevos brotes. Luego el cura de Dolega fue llamado y organizó rogativas en las que tomaron parte hasta los niños de pecho, porque el llanto de los angelitos puede más que las oraciones de los pecadores, pero no surtieron efecto. Finalmente, hubo una colecta para traer a un curandero y encantador de Gariché que trazó cruces de ceniza en la plaza, entintó con un hisopo las ubres de las vacas y, a medianoche, ataviado con una túnica morada y con un turbante repleto de lentejuelas, entonó extraños rezos en los pastos, pero el ganado siguió muriendo, hasta que la peste negra asoló los potreros y dejó en la desesperación a mucha gente.

Mientras tanto, Ismael tenía semanas de no llegar al pueblo. Pero su ausencia la gente apenas la notó, angustiada como estaba por la peste y las calamidades que ésta había desatado. Pesarosamente, sin palabras, sentados en los portales o caminando cabizbajos por las calles sin pavimento, los hombres calculaban las pérdidas y el tiempo que les llevaría reponerlas. Aun en pleno sol, una neblina triste parecía flotar sobre las casas con el humo de los fogones, y cierto día una vieja advirtió que de las montañas había desaparecido el canto de los gallos. Un sopor tibio y denso envolvía al pueblo, como si la plaga no sólo hubiera matado reses sino caldeado y espesado el aire.

Sin embargo, el segundo sábado de cuaresma sucedió algo que volvió a poner la atención general sobre Ismael. Ese día llegó casi al anochecer, no se detuvo en la tienda y, con aspecto más extraviado que de costumbre, pidió dos botellas donde Saúl. Allí pagó y salió sin tomar ni un trago. Los que estaban en ese momento en la cantina contaban, entre divertidos y asombrados, que metió las botellas en las alforjas, montó y se alejó al paso, mirando el suelo como ido, como si sintiera tener más agua que nunca en la cabeza. Parecía que no había dormido en un mes; tenía ojos de candelá, dijo uno. Debe ser que se está volviendo loco.

Repentinamente olvidada la peste, esa noche se habló en todas las casas de la desusada conducta de Ismael. Es que le está entrando el juicio, dijo alguien; la mujer esa que tiene lo ha hecho entrar en razón. La virgen lo ha iluminado, aventuró en otra casa una vieja que hacía el novenario de San José; toda la vida no iba a andar el pobre en sombras; Dios siempre se acuerda de sus criaturas. Y así, entre comentarios y conjeturas, paulatinamente se apaga-

ron las lámparas y el silencio cayó sobre el pueblo y lo envolvió, sombrío, apretado, ahogando hasta los sueños de los perros.

A la mañana siguiente fue el escándalo. Generoso, un finquero de Cochca que venía para el pueblo encontró a Ismael llorando, sentado en una piedra, junto a la entrada del cerco de su casa. Tenía las manos ensangrentadas y a su lado, casi vacía, estaba una botella de seco. El llanto trazaba surcos sinuosos en su cara, cubierta por el polvo del verano, y su enorme cabeza abatida era la imagen de la congoja. Generoso preguntó qué pasaba e Ismael, sin mudar de postura, señaló la casa, cuya puerta se veía abierta.

Generoso entró en la vivienda sin notar nada de particular en ella. Poco después, sin embargo, descubrió manchas de sangre en el umbral de la puerta que conducía al anexo del fondo. Asustado, presintiendo que algo terrible había sucedido, se asomó a ese recinto que hasta entonces ningún extraño había visto y del que fluía un tibio olor a hierba. En el primer momento no captó nada, mas luego, cuando su vista se hubo adaptado a la penumbra y vio lo que realmente había allí, quedó petrificado, con la boca abierta y seca. En seguida salió corriendo de la casa, montó sin despedirse de Ismael, que seguía sentado en la piedra, y entró al pueblo al galope.

En el suelo cubierto de paja —contaba más tarde a los reunidos en la cantina—, rígida y con la boca espumosa, estaba una novilla degollada. Pero lo extraordinario —y en eso coincidían todos— no consistía en haber encontrado una vaca muerta en ese sitio, aunque no dejaba de ser sorprendente que estuviera dentro de la casa, sino en que el pobre animal tenía cascabeles y collares en el pescuezo y lacitos de colores en los cuernos. Eso sí que nadie lo entendía. Y ni siquiera el viejo Eustaquio supo explicar por qué hacían esas cosas los hijos de la luna.

LOS SUEÑOS DEL VIEJO BEN

El viejo Ben había vivido solo desde el día en que Melita —con la que, a pesar de innumerables tomas, baños curados, mandas y rogativas, no tuvo hijos, sino cinco abortos, en treinta y seis años de convivencia— le dijo que no había dormido bien la noche anterior, que se sentía fatigada y que iba a descansar un rato.

Eso ocurrió después del almuerzo, cuando él fumaba su pipa y reposaba la comida antes de volver a clavar estacones en la cerca del camino real. Al escucharla, él emitió un gruñido. Era la primera vez que la oía decir algo así. Son los años, pensó, que no pasan de balde; sería bueno que la viera un curandero o uno de esos doctores de David. Fue a la cocina y allí, mientras bebía agua de la tinaja, oyó que crujía la cama de tablas. Después, parsimoniosamente, echando humo y sin dejar de pensar en la conducta de Melita, se encaminó a la cerca.

Cuando clavó el último estacón de la jornada, eran más de las cinco. Al aproximarse a la casa, notó que no salía humo de la cocina. La pobre se quedó dormida, se dijo; debía estar muy cansada. Sin hacer ruido guardó las herramientas y luego llamó a la mujer.

—¿Qué tenemos para cenar? —preguntó—. La clavada de esos estacones me ha dado hambre.

El silencio en el interior de la vivienda fue más espeso al diluirse el sonido de sus palabras. Le sorprendió que Melita no respondiera, pues siempre había sido de sueño muy ligero. Vagamente inquieto, se dirigió hacia donde una cortina de azucenas celestes disimulaba la entrada al dormitorio. Apartó la tela y vio a Melita en la cama, tendida de espaldas, con los ojos abiertos. No tuvo necesidad de acercarse más para saber lo que pasaba. Con expresión resignada salió del cuarto, descolgó la escopeta del clavo donde siempre la tenía y en el portal hizo tres disparos espaciados. Después se sentó en una silleta y prendió la pipa.

Cuando su compadre Aniseto llegó, el viejo Ben estaba en la misma posición, con la pipa apagada, perdida la vista en la lejanía, que paulatinamente se iba oscureciendo.

—Oí la señal y vine de una vez —dijo Aniseto—. ¿Qué pasa, compadre?

El viejo Ben se quitó la pipa de la boca y señaló con ella el interior de la vivienda:

—Melita, que ya no quiso seguir entre nosotros.

Aniseto entró a la casa y salió instantes después.

—Tenemos que llamar a las mujeres —dijo—; que venga gente para velarla.

El viejo Ben asintió.

—Ayúdeme usted en eso. Yo, mientras, la acompaño aquí. Y dígle a Lolo que se vaya tempranito a abrir la sepultura; que me gane ese peón, le dice.

—Cómo no, compadre, así se hará. Y ahora prenda aunque sea una lámpara, si no tiene velas. No es bueno tener a la finada en la oscuridad.

Aniseto se fue y el viejo Ben siguió en el portal. Al rato, cuando las sombras se cerraron por completo, entró a encender una lámpara de botella y la puso en una tablilla, cerca de la cama.

En la luz amarillenta examinó el rostro de la difunta. Ahora, en la piel pálida, sobresalía más el lunar azulado que tenía junto a la boca. Pensó que había algo muy triste en la oreja perforada, sin arete, que el pelo recogido en un moño dejaba al descubierto; en las arruguitas alrededor de los ojos y en las canas, que asomaban aquí y allá como anuncios de una vejez que ya nunca llegaría.

Permaneció de pie, al lado de la cama, durante no supo cuánto tiempo, hasta que escuchó pisadas de caballos en el camino; entonces se aproximó al cadáver y le dio un beso fugaz y torpe en la frente.

—Adiós, Melita —murmuró en un gemido ronco.

A la mortoria acudió más de media docena de mujeres. Algunas comenzaron a llorar antes de haber entrado en la casa y otra sufrió un desmayo al ver el cadáver. Una preparó café y más tarde llegó Aniseto con botellas de seco para los hombres, más numerosos y callados que las mujeres. También trajo un paquete de velas. Dos fueron encendidas en los pies de la cama y dos en la cabecera y empezó formalmente el velorio.

En la madrugada, con la luna menguante suspendida sobre los cerros, el rezo era un murmullo que brotaba trabajosamente de la boca de Amatista, rezadora y partera de la región. El viejo Ben escuchaba, con la cabeza baja, sentado en una piedra, debajo de un macano que había a un costado de la casa. Ni una sola vez entró a beber café o seco, y no aceptó cuando le ofrecieron.

Al amanecer, las mujeres vistieron a Melita con el único traje bueno que había en el baúl y, entre Amatista y dos más, la acomodaron en la caja de cedro sin pintar que había conseguido Aniseto.

El cortejo gastó hora y media en llegar al cementerio. Lolo había terminado de excavar y descansaba a la sombra de un ciprés, en compañía de un indio que le había ayudado a abrir la fosa. Tenían una pacha de seco mediada y ambos se quitaron el sombrero al ver la comitiva en la entrada del panteón.

Valiéndose de sogas bajaron el ataúd al fondo de la sepultura, que estaba lodosa por la llovizna que había comenzado a caer desde temprano. Amatista dijo una oración y el viejo Ben —baja la cabeza, como la había tenido durante casi toda la noche— gruñó algo para sí y echó un puñado de tierra sobre el féretro. Seguidamente, mientras Aniseto y Lolo empuñaban las palas, buscó la salida del cementerio, sin despedirse de nadie ni mirar atrás.

Ahora, sentado en el portal, viendo el gran aguacero que estaba formándose por el lado del poniente, el viejo Ben recordaba la expresión fatigada de Melita esa tarde en que se acostó para no levantarse más. Desde entonces su vida había sido una monótona sucesión de jornadas sin sentido. La soledad había ido llenando la casa y metiéndose dentro de él, a pesar de las visitas frecuentes del compadre Aniseto y de las de algunos sobrinos y parientes lejanos que aparecían de cuando en cuando.

El mismo cocinaba y lavaba la ropa, atendía las tres vacas y el caballo y se ocupaba de los demás quehaceres. Las gallinas que Melita había criado con paciencia y cariño, las había vendido unas y otras las había dado a medias al compadre Aniseto. Este rehusó, al principio. Las gallinas eran grandes y hermosas y le parecía que no era jugar limpio, que era aprovecharse, aceptar la propuesta del compadre. Sin embargo, el viejo Ben insistió:

—Así, por lo menos, tendré un pollo para hacer un sancocho de vez en cuando —dijo—. Llévase aunque sea esas cuatro. No quiero venderlas todas; si lo hiciera, Melita no me lo perdonaría. Pero, fíjese, si me quedara con ellas, como no las puedo atender, acabarían cogiendo el monte y volviéndose salvajes. Por eso creo que lo mejor es que se las lleve. Haga lo que le pido, compadre. Es un favor que me está haciendo.

El día anterior había terminado de reparar la cerca de la cuadra de faragua, donde tenía las vacas, y el trabajo le había parecido más pesado que otras veces. Desde temprano había notado una especie de cansancio y de envaramiento del cuerpo; y en la tarde, al colocar el cepo de la puerta, había sentido un dolor en el pecho,

acompañado de un traquido sordo, de un temblor pasajero en las piernas y de un amago de asfixia. Los años no pasan de balde, pensó; ya comienzan mis achaques.

Al concluir la jornada, ya oscureciendo, comió sin apetito el arroz y la carne seca que tenía para la cena. Después hizo té de hojas de naranjo agrio y se acostó temprano. Poco antes de dormirse, sintió que comenzaba a llover.

El ruido de la lluvia en el techo de paja era aletargante. Sin darse cuenta, olvidó la fatiga del día y cerró los ojos. Al rato empezó a soñar. En el sueño había un potrero y un río y un pueblo que él no recordaba; después hubo grandes arenales y mucha niebla, y él caminaba perdido en los arenales, sin saber cómo ni por qué había llegado allí.

De pronto el escenario cambió y el sueño fue el mismo que había soñado muchas veces y del cual había conversado con el compadre Aniseto. Era un sueño que había tenido por primera vez a los dos años de haber muerto Melita; y desde entonces se había repetido con frecuencia, sin que él entendiera qué quería significar.

Era de tarde y Melita venía del camino real vestida con su mejor traje, ese que él le había comprado para una Candelaria y que Amatista le había puesto para llevarla al cementerio. Era la misma Melita, pero muy joven y más linda de lo que nunca había sido. El la esperaba sentado en el portal.

—Te demoraste mucho —decía cuando ella llegaba a las goteras.

—Es que en el pueblo había misa y la tienda estaba cerrada. Tuve que esperar a que abrieran.

—Ah —aceptaba él—. ¿Conseguiste los cartuchos que te encargué?

—Sí, pero no había del número tres; te traje del cuatro.

—Bueno. Esos también sirven para los conejos.

Ella ponía sobre un banquillo el saco con las compras.

—Voy a calentar la comida, que ya es tarde. Si quieres, saca el espejo que te compré para que no te rasures más al bulto. Tengo miedo de que un día te cortes.

—No hay peligro; ya estoy acostumbrado. Pero, de todos modos, es bueno que haya un espejo nuevo en la casa. En ese pedazo manchado que tenemos, casi no se distingue uno la cara. Oye, por lo que veo, faltó poco para que te trajeras la tienda entera.

Melita reía en la cocina y su risa llenaba la casa. Al final del sueño, sin embargo, Melita no había entrado; en realidad, ni si-

quiera llegaba al portal. Y eso era lo que él no entendía: por qué Melita nunca terminaba de llegar.

A medianoche despertó y salió a orinar al patio. Había escam-pado y las estrellas brillaban en los claros de las nubes. La noche era fresca. Volvió a la cama y pensó que sí, que era cierto que en vida jamás vio a Melita más linda que en el sueño.

En la mañana, el viejo Ben bebió una totuma de café negro y se fue a deshierbar el yucal. La maleza estaba crecida y en algunos sitios los bejucos espinosos formaban matojos. Varias espinas se le clavaron en las manos. A media mañana tenía la camisa totalmente empapada en sudor y sintió sed. Limpió el machete en la grama y se dirigió a la casa, a beber agua y a cambiarse la camisa. Melita siempre le decía que no anduviera con la ropa húmeda, que eso era malo para la salud. Se puso una camisa seca, extendió la sudada a la sombra, hizo guarapo de naranja y regresó al yucal.

Cerca del mediodía, pequeñas nubes blancas comenzaron a agruparse en el borde de la sierra. Mientras las observaba, el viejo Ben recordó que tenía que cocinar. Fue a la cocina y preparó una sopa de tasajo ahumado, yuca, otoes y fideos. Cuando estuvo lista, se sirvió un plato y, al contrario de otras veces, comió sin ganas. Tapó la olla con el resto y la dejó en el fogón, al calor de las brasas. Enjuagó el plato y la cuchara y los colocó boca abajo en una tabla, para que no los pisaran las cucarachas ni las moscas. Después encendió la pipa y se sentó en el portal. A lo lejos pasó una bandada de loros y por el lado de Aniseto se oyó ladrar un perro.

En la calma que presagiaba lluvia, el viejo Ben chupó despacio-samente la pipa y se puso a observar la acumulación de nubes negras sobre los cerros del poniente. Al rato, una tenue somnolen-cia lo invadió y dejó que la pipa se apagara. Muy lejos, detrás de la cordillera, había ruidos de tormenta. De pronto volvió a sentir el malestar que lo había acometido el día anterior, al levantar el cepo. Era un calor que nacía allá, muy hondo, en las profundida-des del pecho. Pensó que debía ir a la cocina, a beber un poco de agua, pero no tuvo ánimo de moverse. Luego el dolor desapareció y sintió ganas de dormir.

Instantes después, sin embargo, volvió a encenderse, más inten-sa y agrandándose, la quemadura del pecho. Una gran debilidad le subió por las piernas y un sudor frío le cubrió las manos y la frente. Se dijo que ahora sí tenía que tomar agua y que, además debía llamar al compadre Aniseto. Pero cuando intentó incorporar-se el cuerpo no le obedeció y la pipa apagada rodó a su lado.

Entonces, mientras seguía sudando copiosamente y respirando con creciente dificultad, vio que Melita caminaba hacia la casa. Igual que en el sueño, venía del camino real, envuelta en neblina y como si no tocara el suelo. Quiso salir a encontrarla, pero ella, sin palabras, le dijo que no, que siguiera sentado, que se quedara quieto y que no dijera nada. Y el viejo Ben, súbitamente libre de todo malestar, se mantuvo como estaba. Mirándola acercarse. Sintiéndola llegar.

LA FAMA

El sol arde en la calle desierta. De vez en cuando la brisa sopla y levanta nubecillas de polvo y las deposita en los techos y en los árboles o las empuja hacia la llanura reseca que hay al otro lado del pueblo. Amarrado a la talanquera que rodea la cantina de Saúl, el caballo de Rosendo es el único ser vivo visible en el calor de la calle sin fin. El mediodía derrite el aire y ni un ave rasga el cielo.

Dentro de la cantina, acodado en el mostrador, Rosendo mira turbiamente los anaqueles, en los que hay unas cuantas botellas polvorientas, y al indio Casimiro, el cantinero. Ha estado bebiendo desde temprano y hasta ahora es el único cliente, fuera de las moscas que entran huyéndole al calor.

Detrás de la barra, con el sombrero sobre los ojos y los brazos cruzados, Casimiro piensa que Rosendo es un hombre raro. En el transcurso de la mañana sólo ha abierto la boca para pedir el trago; el resto del tiempo ha permanecido ensimismado y con cara de afligido. Entre ratos, Casimiro ha estado a punto de preguntarle qué le pasa, pero lo ha contenido la falta de confianza. Sin embargo, no deja de intrigarle ese algo sombrío que parece fluir de su persona. ¿Qué podrá ser?, se pregunta mientras pasa un trapo húmedo sobre la madera barnizada, en cuya superficie el viento insiste en acumular una capa de polvo.

De repente, Rosendo sacude su letargo y aparta el vaso:

—Oye, cholo, ¿sabías que en este pueblo no ha habido ni habrá hombre más macho que yo?

Casimiro parpadea, lo observa mansamente y no dice nada. Rosendo abre sus ojos enneblinados y lo escruta.

—¿Qué, no tienes nada que decir?

El indio sigue limitándose a mirarlo. Nota que el vaso de Rosendo está vacío.

—¿Otro? —pregunta.

—Sí, pero contéstame.

Siempre callado, el indio se dispone a servir; Rosendo se lo impide aferrándolo por un brazo.

—Que contestes, digo.

—¿Qué quiere que diga? No soy de aquí y llevo poco en el pueblo.

—Ya sé que no eres de aquí, pero tienes ojos, cholo cojudo. ¿Acaso no se nota lo macho que soy, ah?

Casimiro intenta soltarse, pero Rosendo lo remece y lo sujeta contra el borde interior de la barra. Sin una queja, pese a la presión del mostrador en las costillas, el indio aconseja:

—Es mejor que me suelte, Rosendo; yo no quiero problemas.

—Contesta, pues. ¿Alguno es más macho que yo?

Su aliento latiguea el rostro del indio. No hay nadie en las cercanías. El pueblo parece muerto. Un perro cruza la calle cojeando. La presión de los dedos aumenta en torno al brazo y en el costado crece el escozor de la madera, mas Casimiro no responde, sino que pide otra vez:

—Mejor suélteme, Rosendo.

—Contesta primero.

La respiración de Rosendo es agitada. Algo extraño resplandece en su mirada dura. De repente, la mano libre del indio se posa en el hombro de Rosendo, pero no con violencia sino más bien con una especie de compasión o de ternura; simultáneamente, mientras sus ojos de luz antigua se fijan en los del otro, conmina con voz firme:

—Le repito que me suelte, Rosendo. No sea chiquillo y pórtese sosiego.

Rosendo acerca la mirada y siente ganas de golpear. ¿Por quién me toma este cholo desgraciado? ¿Qué es lo que se cree? Inmóvil como está, el indio parece de piedra, aunque en su mirada asoma la energía inmemorial de su raza. Y Rosendo intuye de pronto que de nada serviría golpearlo, porque en el fondo de esos ojos hay algo inexpugnable, que ni la propia muerte podría derrotar. Sin embargo, aún insiste:

—Contesta de una vez, carajo, si quieres que te suelte.

No obstante, debajo de los gritos y de la aparente dureza, su voz comienza a resquebrajarse, como si algo se hubiera roto en su interior, como si desde mucho tiempo atrás estuviera desmoronándose. De todos modos, trata de sobreponerse a esa sensación de flacidez y de impotencia que empieza a aflojarle la mano. Aprieta cuanto puede y otra vez exige respuesta, pero Casimiro permanece hermético. Entonces, de súbito, consumidas sus reservas, totalmen-

te vencido, Rosendo suelta el brazo del indio y se desploma sobre el mostrador.

¡Quién lo iba a decir! Casimiro no lleva un mes en el pueblo y ya conoce su fama. ¿Cómo agradecerle el que no se haya burlado de su actitud, originada en un impulso, en unas ganas grandes de demostrarse a sí mismo —aunque fuera por un instante— que Rosendo de la Rosa Fuentes no es el pobre diablo que todos dicen?

Sin levantar la vista, saca el pañuelo, desata el nudo donde guarda el dinero y paga. Luego, como si lo agobiara un gran peso y secándose los ojos con el dorso de la mano, busca la salida.

En el resplandor de afuera, con una pata floja y moviendo la cola para espantar las moscas, su caballo para las orejas al sentirlo llegar. Y el sol sigue chamuscando al pueblo cuando Rosendo monta y emprende el camino de su rancho, sumido en la soledad del Valle de las Nubes.

UN PEDAZO DE UNIVERSO

Tras una ausencia de meses, Ruperto regresó diciendo que había encontrado un universo. Lo dijo a prima noche, en la cantina del Zoco, y los que estaban en la barra rieron, se guiñaron los ojos, giraron el índice junto a la sien y lo invitaron a beber. Media hora más tarde, en todo el pueblo se decía que Ruperto estaba loco.

Los que más lo conocían, lamentaron la noticia y algunas viejas hasta rogaron al cielo que le restituyera el juicio. Porque Ruperto era como parte de todos, aunque nadie podía decir con exactitud cómo ni cuándo había llegado por primera vez.

Los de memoria más clara simplemente recordaban que una mañana apareció dormido sobre un saco de henequén en el portal de La Abundancia, la única tienda del pueblo. Y desde entonces hasta los perros se acostumbraron a encontrar cada día a ese indio tranquilo que realizaba tareas menudas en los hogares, a cambio de comida, ropa usada y algunas monedas.

De pronto, una noche desapareció del mismo modo que había llegado: nadie sabía qué rumbo había seguido o por qué se había marchado. Sencillamente, no estaba. Las conjeturas crecieron y mientras unos afirmaban que había regresado a las comarcas indígenas, otros decían que estaba trabajando en la zona bananera.

Luego, gradualmente, el interés por su paradero decreció y finalmente Ruperto fue olvidado. Aunque no del todo, porque en muchos persistía un recuerdo compasivo y cariñoso, tal vez derivado de su aspecto desvalido y de su mirada mansa, pulida por el tiempo y por los oscuros dolores de su raza.

Donde el Zoco quedan pocos bebedores con Ruperto, quien desde hace rato no menciona el universo. Está quieto, apoyado en la barra de tablas sin pulir, fija la vista en la linterna de kerosene que cuelga de un hilo, detrás del cantinero.

Los hombres beben, hablan y a veces ríen, y su risa sale a la calle oscura y se pierde en el viento que baja de los cerros. Aunque no lo dicen, piensan que lo de Ruperto debe haber sido una alucinación o un desvarío pasajero, causado por la soledad o por la falta de comida. Porque ya éste ha explicado que pasó los últimos meses en la montaña, sin hablar con nadie, buscando oro en los canjilones de Jilguero y de Bregué.

Repentinamente, el indio vuelve al tema.

—Era brillante —dice—. Brillante y negro. Del tamaño de una sandía. Pero ni siquiera pude levantarlo porque era muy pesado. Pesaba mucho más de un quintal.

Los oyentes lo miran y sonrén. Uno le palmea el hombro.

—Tú no has visto nada, compadre. Eso lo soñaste. Bebe otro trago y déjate de historias.

Ruperto mete una mano en la chácara que trae terciada.

—Veo que no me creen —dice, sin enojo—. Pensé que así pasaría. Por eso traje este pedazo chiquito que estaba junto al otro. Véanlo.

Así fue cómo, al dejar la cantina —ya bien de madrugada, afirma el Zoco—, mataron a Ruperto, para robarle el fragmento de aerolito, creyendo, quizá, que esa piedra oscura y pesada poseía propiedades prodigiosas.

Ahora, en el viejo caserón que sirve de capilla, entre letanías y humo de candiles, todo el pueblo vela el cadáver acuchillado, de cuya mano agarrotada los asesinos no pudieron zafar el fragmento de esa extraña piedra del cielo que los indios llaman universo.

LA PERSECUCION

El camino ascendía la ladera serpenteando entre matorrales y rocas volcánicas. La maleza que de trecho en trecho lo cubría, revelaba que éste no era transitado con frecuencia; no obstante, la dureza del terreno había preservado el trillo, de manera que el rastro podía ser seguido sin mayores dificultades.

Hasta poco antes, las huellas habían sido claras, pero ahora eran cada vez menos visibles, porque la roca desnuda no guardaba las impresiones de los pies descalzos. Por eso el Cabo (así apodado desde que dejó las reyertas de los sábados y el robo de ganado para ponerse al servicio de don Pedro, el alcalde) aminoró el paso y de vez en cuando se agachaba a buscar indicios.

El sendero se internaba en un bosquecillo y, antes de penetrar en éste, el Cabo empuñó el rifle, hasta entonces llevado en bandolera. Pensó que esa precaución no sobraba porque le habían informado que el otro siempre usaba una escopeta, y, dada la situación, bien podía optar por detenerse y emboscarlo. El lindero del bosque era un buen sitio para aguaritar a alguien.

A través del monte, la senda estaba menos vigente y las huellas se perdían en la hojarasca, por lo que no se entretuvo en examinar la tierra, sino que avanzó lo más rápido que pudo, alerta y con el arma lista. De pronto, la vegetación desapareció en el borde de una escarpa abrupta, en el fondo de la cual corría una quebrada.

El Cabo pareció perplejo durante algunos instantes. Al otro lado había una loma tan empinada como la anterior, ahora oculta por el bosquecillo, y más allá columbraba sucesivas gargantas y quebraduras, en parte con rastrojos y en parte pelonas, en dirección a los altos picos forrados de nubes.

Calculó que si el otro llegaba a esas depresiones le sería casi imposible alcanzarlo. Pero también pensó que para ello el fugitivo habría requerido una delantera mayor. En una hora que quizá fuese su ventaja, no era probable que hubiese salvado la escarpa, la hondonada y la cuesta contraria. Sin embargo, cabía la posibilidad de que hubiera tomado un atajo.

Volvió al punto donde el camino se cortaba. Una raíz levantada le indicó que el otro había llegado hasta allí. No obstante, la comprobación de este hecho no respondía la pregunta de cómo había podido bajar. Se le ocurrió que quizás estuviera acechándolo

desde el monte. Súbitamente inquieto, miró hacia atrás y durante algunos segundos se mantuvo tenso, con el dedo en el gatillo, pero la espesura permaneció tranquila.

De nuevo en el borde del risco, extrajo unos prismáticos viejos y examinó detenidamente las lomas y las hondonadas. Hierba. Árboles. Allá lejos, hacia la izquierda, un corzo bajaba al agua. Tenía que existir un paso. Y era preciso que lo hallara antes de que el otro tomara demasiada ventaja. Porque si anochecía sin que lo hubiera alcanzado, era seguro que no lo vería más.

De todos maneras —se dijo—, era indispensable proceder con calma y estudiar bien el terreno, pues un bajadero disimulado podía pasarle inadvertido si andaba con apuros.

Recorrió escrupulosamente y palmo a palmo el sector derecho y después el izquierdo. En ambos el acantilado era liso y casi vertical; resultaba evidente que un hombre no podía bajar por allí. A menos, claro, que se hubiera desviado más atrás.

Desanduvo el camino recorrido hasta el sitio en que la senda penetraba en el bosque, y no halló ningún desvío. Confuso, se sentó sobre un tronco, bebió agua de la cantimplora y encendió un cigarrillo.

Un guacamayo atrajo su atención. Estaba en lo alto de un bambito y se mostraba inquieto. Se le ocurrió que tal vez el fugitivo estaría riéndose por haberlo burlado. El ave comenzó a restregarse el pico con las alas. Y él, ¿qué iba a decirle al alcalde? Una brisa ligera agitó las copas de los árboles. ¿Que el hombre había escapado? Una lluvia de hojas secas y frutas desgajadas por el viento lo distrajo momentáneamente. Sin embargo, lo más duro sería tener que devolver el anticipo. No habría modo de convencer a don Pedro de que la sola persecución valía más que el adelanto. Lo cierto era que, de acuerdo con lo pactado, el alcalde tendría razón. Porque el convenio era capturar al otro —preferiblemente muerto— o, en caso contrario, reintegrar el anticipo.

Ordinariamente no toleraba condiciones de ese género. Había aceptado porque ahora trabajaba para un solo patrón, porque necesitaba dinero para apostarle al Carate la semana siguiente, en la Feria de la Candelaria, y, sobre todo, por la certeza de poder cumplir con el acuerdo.

Claro, jamás supuso que un simple cholo (en realidad, el alcalde lo acusaba de enemigo del gobierno y de subversivo para despojarlo del cerco que colindaba con sus potreros; así que si él, el Cabo, lo mataba, todo sería más fácil: nadie iba a reclamar por la muerte de

un cholo que conspiraba contra el régimen) le iba a resultar tan difícil de agarrar. De haberlo siquiera imaginado habría tomado otras medidas y, en primer lugar, habría exigido más dinero.

Y ahora, encima de todo, tendría que devolver el adelanto. Cholo del carajo. Bueno, quedaba el recurso de no regresar, de irse para Caldera. Don Pedro no iría a cobrarle allá. Y si todavía seguía interesado en la tierra del otro, que viniera a matarlo él mismo.

Se incorporó. El guacamayo había volado. Por la altura del sol, que se filtraba entre las hojas, calculó que anochecería antes de que alcanzara el sitio donde había dejado su caballo. Pero la noche no era obstáculo —se dijo—, porque el otro estaría oculto quién sabía dónde, muriéndose de miedo. Suerte que tenía el maldito. No haberle acertado cuando le disparó. En el instante en que apretaba el gatillo, el otro había tropezado. De no haber sido por eso... Sí, tenía muchísima suerte el cholo del carajo.

Una brisa suave estremeció el follaje y volvió la lluvia de hojas. Si apuraba el paso, quizá llegara al llano antes que la noche. Al día siguiente estaría en Caldera y don Pedro iba a pasar muchos tiempos mentándole la madre.

Por un momento vislumbró entre la vegetación el llano y los costurones oscuros de las quebradas que lo surcaban. Más allá estaban Dolega y otros pueblitos desperdigados entre chumicales y rastros; y más allá, detrás de una cadena de colinas azulosas, estaba David; y aún más lejos, el cielo y el mar cerraban el horizonte.

Mentalmente volvió a calcular el tiempo y apresuró el paso. De pronto, ya casi al salir del bosque y a unos veinte metros de distancia, descubrió al fugitivo, que, apostado detrás de un cigua corpulento, le apuntaba con una escopeta.

Cholo desgraciado, maldijo por lo bajo y, en forma instintiva, intentó disparar desde la cintura. Pero antes de que pudiera apretar el gatillo vio el fogonazo y sintió un golpe en el pecho. Después, mucho después, mientras caía sobre las hojas secas y la noche se cerraba por completo, el Cabo oyó un estampido que se perdía entre los árboles.

EL INVIERNO

El agua forma remolinos en la zanja de las goteras y torrentes en el patio sin hierba. Desde la mañana ha llovido sin cesar, con esporádicas ráfagas de viento y con truenos distantes. Y tú, cocinando o barriendo la casa de adentro, has sentido llover, indiferente, como si no te importara. Mejor dicho, no quieres que te importe. Tu expresión se endurece al mirar la transparencia monótona, con las tristes formas de los árboles al fondo, como difusos, como perdidos, como si ya nunca pudieran ser reales. Y no es que la lluvia te desagrade, sino que tienes miedo. Lo noto en el reflejo de tus ojos. La lluvia te recuerda tiempos amargos, la fatiga de los días interminables y el peso de las noches.

Octubre. El fango de los caminos cloquea al paso de los caballos. El lodo salpica y tizna a los hombres, a la carga y a los arbustos que bordean los senderos. Y es mucho peor cuando llueve seguido. Los ojos de agua brotan por todas partes: en los barrancos, debajo de las piedras, al pie de los árboles y hasta dentro de las casas. Un año había tantos que los caminos eran quebradas. El agua llegaba a los estribos, entorpecía la marcha de las bestias y ablandaba los ánimos, engendrando en los hombres vagos deseos de huir hacia una tierra menos inclemente. Fue un invierno terrible. Nadie recuerda otro igual. Fue tan duro y prolongado que muchos viejos no lo resistieron. Cuando pasó la llovedera, este era un pueblo de ancianos.

Lo peor es abrir las sepulturas. Dondquiera se hunde el pico, brota un chorro de agua. Hacer que el ataúd baje y permanezca en el fondo es muy dificultoso. Hay que ponerle piedras encima porque el agua lo impulsa hacia arriba. Es macabro; los muertos se niegan a quedarse. Algunas veces, cuando se ha terminado de echar la tierra, ésta comienza a removerse y a cuartearse, como si el finado empujara desde abajo. Entonces hay que acumular más piedras y más tierra, hasta lograr que el difunto se resigne a la humedad.

Es triste. Primero se retiran los simples acompañantes y conocidos, después los amigos distantes, por último los allegados y los deudos; todos se van en silencio, cabizbajos, abrumados por el agua de tantos días y por la sensación de que morir en este tiempo debe ser más doloroso. La comitiva se dispersa y el cementerio queda solo, con sus cruces borradas por la niebla, barrido por la brisa de

la sierra. Después la noche descende y ya no hay nada, sino el silbido del viento y el murmullo del agua entre la hierba. A veces, en la madrugada, las vacas de los cercos vecinos mugen desconsoladamente.

Entonces nacieron los rumores. Las iguanas escarban las tumbas recién cerradas, atraídas por el agua que fluye de los sepulcros... De noche han visto ataúdes flotando llano abajo... El corregidor ordenó la búsqueda de los muertos a la deriva y durante varios días partidas de voluntarios recorrieron los llanos y escudriñaron los montes, pero no encontraron nada. Y el pueblo volvió a sumirse en la monotonía del agua, de la bruma, de los quehaceres eternos, sin hacer más caso de lo que parecía ser invención de borrachos.

Más tarde, sin embargo, al irse los aguaceros, cuando el viento norte barrió las nieblas y nuevamente fueron visibles los llanos y las comarcas de la costa, gentes de más abajo vinieron alarmadas porque junto a sus pueblos habían aparecido ataúdes con cadáveres podridos y (en ocasiones, cuando los féretros se habían desclavado o roto) medio devorados por los perros. Entonces se organizaron el rescate y la restitución de los difuntos al cementerio, ya vuelto por la bonanza a su naturaleza estéril y reseca. Ahora los muertos entraban dócilmente en las tumbas, como agotados o arrepentidos de haber emprendido tan extraño errabundeó.

Ese es el tiempo que temes recordar. Nunca te gustaron los velorios ni los muertos. No obstante, ahora la lluvia te obliga a pensar en ese tiempo sin luz, hecho de difuntos. Eso te aflige. Lo sé. Pero también deberías recordar que fue en una noche de ese invierno que nos escondimos en el rancho del difunto Emilio. (Estamos solos. Afuera llueve, sopla viento y hace frío, pero aquí en el jorón estamos tibios y abrigados. Hace una semana enterramos a tu abuelo. También han muerto mi tío Sebastián y el mudito Macabeo. Y la vieja Isolina, la viuda del pocero Crispiliano. Han muerto tantos y tan seguido, que ya no quedan lágrimas en el pueblo. El agua suena en el zinc del caballete. Suena con un sonido antiguo. Es triste. Pero a nuestros cuerpos no llega la tristeza).

Tienes miedo de volver a entonces. Piensa, sin embargo, que el invierno no es sólo muerte. Recuerdo lo que hacíamos mientras, mas allá del sonido, en la sombra del llano, bajaban cadáveres errantes. Piensa en lo hermosos que fueron estos años, en todo lo que hemos hecho desde aquella noche en el rancho abandonado. La vida nos llevó, nos trajo, nos dio vueltas y en algunos momentos hasta fuimos felices. Entonces, no hay que lamentarse ni sufrir porque otra vez estamos al comienzo del invierno. ¿Que ya estamos viejos y

lentos de achaques? Sí, es verdad, pero el miedo no remedia nada. Aunque no queramos verla, la lluvia seguirá cayendo. Así es de simple, mujer. Si no es este año, será el próximo, el siguiente o el otro; de todos modos nos llegará el turno de irnos, en un día de nieblas y de truenos, al viejo cementerio. Por eso digo, ¿qué más puedo decirte?, que el miedo no remedia nada, mujer. Nada.

CARTA DEL MINISTERIO

Después de veintisiete años de ser Recaudador de Ingresos en un lejano pueblo de la sierra, X se percata de que nunca ha recibido correspondencia del ministerio, salvo la escueta nota que suele acompañar el pago puntual de sus vacaciones; sin embargo, como bien lo ha notado, ni ésta proviene directamente del ministerio, sino de la Dirección Provincial de Ingresos. Y lo más curioso es que las tales notas no llegan dirigidas a su nombre, sino consignadas al Recaudador MHT-019.

Descubre, además, que en ese lapso jamás ha habido la menor referencia a su persona, en tanto que al Director Provincial (el nombre no importa: a veces uno dura dos meses en el cargo; otros han sido encausados por deshonestos; los más son arrastrados por los vaivenes políticos) a menudo le llegan —ha visto los sobres en el escritorio de la secretaria cuando ha visitado la ciudad— cartas y despachos con instrucciones sobre impuestos recientes y sistemas de cobros, o reclamándole débitos y extendiéndole créditos.

Mas a él nunca han tenido que reclamarle nada, pues sus cuentas siempre han sido exactas y su trabajo intachable. Precisamente, aunque X lo ignora, esta excelencia en el trabajo ha dado lugar a que el Recaudador MHT-019 sea considerado una pieza infalible de la admiración, la cual el propio ministro menciona con orgullo a los consejeros, técnicos y visitantes extranjeros. Incluso, en fechas propicias, cuando son exaltadas las virtudes del empleado público, los periódicos y la televisión se hacen eco de los méritos imponderables del Recaudador MHT-019, poniendo a éste como ejemplo para las presentes y las futuras generaciones.

Desgraciadamente, por alguna razón inexplicable, quizá por no haber tenido que requerirlo nunca, su nombre se ha extraviado en el ministerio. Solamente es MHT-019, tanto para los jefes departamentales como para las computadoras de la Sección de Procesamiento Automático.

Así, pese a la aureola casi mítica que lo rodea, fundada en su eficiencia y probidad, X es sólo una clave para el mundo, algo marginado de la atención y las cortesías de los hombres, algo simplemente útil, como la fórmula $E=MC^2$, el papel higiénico o el tren de las 11:15.

Es así cómo, un día cualquiera, esa falta de vínculo personal con el ministerio se convierte en una obsesión para X; y en adelante, sobre todas las cosas, anhela recibir uno de esos sobres membreados en negro que traen el escudo nacional impreso en una esquina.

Transcurre otro año. Falta poco para que lo jubilen y X llega al convencimiento de que no recibirá nada, que se hundirá para siempre en el retiro y luego en la muerte sin haber visto su nombre junto al escudo, en un sobre immaculado. Esta certidumbre aumenta su desolación hasta extremos atroces.

Luego, sin embargo, en una de sus tantas noches de insomnio, recuerda ciertas conversaciones con la secretaria del Director Provincial. ¡Claro, eso es! ... El ministerio sólo escribe cuando se presentan débitos o créditos; sobre todo en el primer caso. Ahí está su última esperanza.

En la próxima remesa retiene un balboa. Por primera vez en veintiocho años liquida de menos. Ya verá si le escriben o no. (En el fondo, le desagrade hacerse notar por un error, pero ¿qué otro recurso le queda?) Y comienza la espera del reclamo ministerial.

Una semana, un mes... Nada. Todos los días acude al correo, aunque sabe que éste únicamente llega dos veces por semana. Pero un sobre del ministerio es algo muy importante: no puede sufrir demoras ni extravíos. Claro que no. Por eso pregunta todos los días.

No obstante sus presunciones, el tiempo pasa y no llega nada. Entonces, próxima la fecha de jubilación, se resigna, deja de concurrir a la estafeta y la pesadumbre lo agobia a tal punto que se encierra en su casa y rehúye a los conocidos.

Veintiocho años ignorado, perdido en ese pueblo, sin recibir jamás una humilde carta del ministerio. No puede ser. La desilusión lo aniquila, casi lo postra y por primera vez se forma una imagen vacía y estéril de su vida.

Ya todo es inútil, se dice. Cada día lo acerca más al fin. Ayer, el fin. Hoy, el fin. Mañana, el fin. ¿Y después? La jubilación como primer paso hacia el olvido. No puede ser de otro modo.

Una mañana, sin embargo, se levanta con la sensación de que algo extraordinario ocurrirá, que ese día será el más importante de su vida. Con buen ánimo, por primera vez en mucho tiempo, se baña y se afeita en la quebrada, echa maíz a las gallinas, desayuna, se viste y sale a dar un paseo.

Ya en la calle sin pavimento, contempla ansioso los árboles, los escasos caminantes, los pájaros que pasan y las montañas moteadas de nubes. Mas en ninguna parte percibe nada extraordinario. Con los años se pone uno tonto, piensa.

Cuando pasa frente a la estafeta, su ánimo se ensombrece y decide seguir de largo. Y continúa pensando que el final de la vida es lo más triste que puede haber, cuando el telegrafista se asoma y lo llama:

—Oiga, aquí hay algo para usted.

En la mano muestra un sobre largo. X apenas puede creerlo. Corre, casi lo arrebató y, sin detenerse a dar las gracias, lo abre.

La emoción lo enmudece y trastorna. Nadie, nadie —ahora, a las 9:30 de esta mañana espléndida— puede ser tan feliz. Es maravilloso. Por fin tiene en sus manos una carta del ministerio.

Saca la hoja, la desdobla y lee:

POR RESUELTO DEL DIA... EL CARGO DE RECAUDADOR DE INGRESOS MHT-019 SE DECLARA INSUBSISTENTE. CAUSAL: UN FALTANTE DE UN BALBOA EN LA REMESA CORRESPONDIENTE AL MES DE...

Los ojos se le nublan y no puede seguir leyendo. No obstante, en un postrer destello de lucidez, mientras un gallinazo planea sobre la calle solitaria, X comprende que el final de un hombre encierra algo mucho más doloroso que esa especie de calambre que comienza a agarrotarle el pecho.

EDGAR SOBERON TORCHIA
Y ALFREDO ARANGO

Pepita de Marañón
(es más, el día de la lata)

Personajes

Gallo Pinto, un radiolocutor
Lupita Altamuralla, presidenta del Club de Lagartinas
Paché Samudio, un taxista
Mireya, una bailarina—prostituta de calle J
Rosario Gris, amiga de Lupita
Amelia, sirvienta de Lupita
Mariposa, un travestí
Padre Puebla, capellán de San Elgarzito
Juan Amaya, un estudiante
Yonito Altamuralla, hijo de Lupita
Teniente Marciscano
Cabo Petere
Capitán Candela
Trío Peñafiel, los reyes de la salsa
Clarita 1a., "Princesa Pubertad" 1978
Suleika 1a., "Secretaria del año"
Marcos Andrés, candidato electoral
Comparsas
Una murga.

(ESCENA VACIA A EXCEPCION DE UNA CONSTRUCCION SENCILLA DE DOS NIVELES

EN EL NIVEL MAS ALTO, QUE LLAMAREMOS SEGUNDO NIVEL, HAY UNA CABINA DE RADIODIFUSION. UN PRIMER NIVEL MAS BAJO ES UTIL PARA NUMEROS MUSICALES. A NIVEL DE ESCENA, SUGERIMOS UN NUMERO DISCRETO DE CUBOS LIVIANOS DE MADERA, QUE PUEDAN SER DESPLAZADOS FACILMENTE POR LOS ACTORES SEGUN LOS USOS QUE SE LES DE. ENTRA PACHE HACIENDO RUIDO DEL MOTOR DEL TAXI QUE CONDUCE, A LA VEZ QUE GALLO PINTO Y EL TRIO PEÑAFIEL SUBEN A LA CABINA. SALE PACHE CON SU RUIDO).

GALLO PINTO. —Buenos días, mis queridísimos terrícolas. ¡Una mañana más de domingo! A sólo siete días de las elecciones del proceso para escoger al mejor de su corregimiento, les damos la bienvenida a “Buenos días con Gallo Pinto”, su programa, el de mayor audiencia, donde usted es voz, opinión y conciencia, con el toque sabrosón de la salsa nativa. (PACHE REPITE SU ENTRADA Y SALE) Vaya un saludo al amigo taxista Paché Samudio, quien celebra hoy con todo el país un gran día. Para él y para todos los papacitos del país, vaya esta melodía.

TRIO PEÑAFIEL. —(ACOMPANADO POR LA MURGA, CANTA EN LA CABINA):

A papito en tu día un regalo voy a dar
Que la pases en ambiente con tus hijos y mamá
Una salsa sabrocita te queremos dedicar
Pa que la pases contento en tu casa o en el mar
Ay, choferito, prepárate, ay, choferito, prepárate
Porque yo quiero que tú me llesves esta noche a celebrar
Porque yo quiero que tú me llesves esta noche a celebrar.

(SIMULTANEAMENTE CON LA CANCION, ENTRAN MARIPOSA Y MIREYA. MARIPOSA SE DESPIDE Y SALE; ENTRA PACHE Y VA HACIA MIREYA. ELLA SUBE AL TAXI, A SU LADO, GIRAN POR LA ESCENA HASTA LLEGAR A PRIMER PLANO; ROSARIO ENTRA CON UN SOLO ROLLO EN EL PELO: PREPARARA CAFE, LLAMARA POR TELEFONO Y SE ACICALARA; JUAN ENTRA Y SALE CON UN RADIO AL OIDO).

GALLO PINTO. — ¡Apaga ese radio, coño, que vengo jarta de ruido! (PACHE APAGA EL RADIO Y GALLO PINTO ENMUDECE. MIREYA Y PACHE ESTAN SENTADOS EN UN CUBO, ESPERANDO QUE CAMBIE UNA LUZ ROJA) Todos los días te tengo que decir la misma vaina. ¡Qué afán! (AMELIA ENTRA, SACA SU LLAVE Y ABRE LA PUERTA DE LA CASA DE LUPITA ALTAMURALLA. SE PONE EL DELANTAL Y PREPARA CAFE).

PACHE. — ¡Todavía te sigue ese dolor de cabeza?

MIREYA. — Dolor de cabeza, imuy foot! Vengo cansá, Paché... Toda la noche sin parar. Anoche sí había gringo botao, icarajo! Esa barra era un entra y sale de gente... Deben haber llegao como cinco barcos a la vez... (PRENDE UN CIGARILLO. ENTRA YONITO Y AMELIA LE SIRVE UN CAFE) En la madrugada es cuando empiezo a divertirme, Pach... No sé, será que uno sabe que falta poco pa salir... Llévame al Mercado. (ECHAN A ANDAR OTRA VEZ) Pero cógelo suave, fren, ime vas a reventá los ovarios!

YONITO. — (DE SUBITO, DEJA DE TOMAR CAFE E IMITA UNA VOZ) Bib bip bip bip. "Doctor Mata, se le solicita en la sala de emergencias del Hospital de Río Bravo". (HABLA AL APARATO EN SU MUÑECA CON SU VOZ) Voy para allá. (SALE).

(PACHE Y MIREYA HAN DADO UNA VUELTA ALREDEDOR DE ROSARIO QUE YA ESTA LISTA PARA IRSE A MISA. AMELIA RECOGE LA MESA Y SALE. PACHE Y MIREYA LLEGAN A PRIMER PLANO).

MIREYA. — Man, idéjame aquí! Yo camino el resto.

PACHE. — Oye, Mireya, ¿y tú no te cansas de esa vida?

MIREYA. — (APEANDOSE) ¿y tú no te cansas de la tuya, cabrón?! (DA UN PORTAZO Y ANADE BURLONA:) Feliz día, papacito. (SALE RIENDOSE).

ROSARIO. — (AL FONDO, COMO EN UNA ESQUINA) ¡Taxi! ¡Taxi!

(PACHE GIRA, LLEGA HASTA ROSARIO, MIENTRAS EL PADRE PUEBLA ENTRA Y COMIENZA A PREPARAR LOS CUBOS EN SUS POSICIONES Y SE ALISTA PARA EL SERMON DOMINICAL. ROSARIO SE SUBE AL TAXI Y SE SIENTA EN EL PUESTO DE ATRAS).

ROSARIO. —A la capilla de San Elgarzito. (SALE CON PACHE).

GALLO PINTO. —Y continuando con la escala de éxitos de la semana, aquí está el número tres, una sorpresa de película: lo máximo, un número pegajoso que viene rompiendo los records de venta en las discotecas del país y que, en cinco días nada más en el mercado, se ha colocado en el tercer lugar de preferencias de nuestros oyentes. Dedicado a todos los padres en su día, el Trío Peñafiel interpreta su jit “Tumba la lora”

TRIO PEÑAFIEL. —(AHORA EN EL PRIMER NIVEL, ACOMPAÑADO POR LA MURGA, CANTA:)

Tumba la tara, tumba la lora, tumba la lora linda
Coge la vara y dale en la cara, tumba la lora linda.
Esa muchacha que está a la moda
Que va moviendo las caderitas
Regala leche, no falta a misa
Y siempre anda bien planchadita,
Mira a la otra, risa que risa
Pero entre dientes está que chilla
No tiene nada y no trabaja
Mientras las otras
Dale que dale, corta la caña
Pasa la carta, toma la nota
Dale al pilón
Entra a las siete, ríe a las nueve
Come a las doce, mi palomita.
Y tumba la tara, tumba la lora, tumba la lora linda
Dice que ama, que da platita, y es otra mentirita,
Tumba, Clarita, mi florecita, saca tu coronita
Saca tu vara, dale en la cara, tumba la lora linda,
Tumba la tara, tumba la lora, tumba esa lora linda
Coge la vara y dale en la cara, tumba la lora linda.

GALLO PINTO. —Ese es, señores, ése es el numerito que viene tumbando cabezas. Y me dicen por aquí que está dedicada a Clarita, la chichí de San Elgarzito que corre este año como candidata a “Princesa Pubertad 1978”...

PADRE PUEBLA. —(INTERRUMPE A LA VEZ QUE APAGA EL RADIO) ¡Válgame, Dios! (CRUZA HACIA PRIMER PLANO Y SUBE AL PULPITO, UN CUBO, A LA VEZ QUE PACHE Y ROSARIO ENTRAN EN EL TAXI. ELLA PAGA, SE APEA. PACHE ARRANCA Y SALE, Y ROSARIO, HACIENDO GENUFLEXION EN MEDIO DE LA ESCENA, VA HACIA EL PUBLICO Y SE SIENTA CON LA GENTE). Muy buenos días, mis queridos feligreses. Veo que hay una asistencia mayor hoy que la acostumbrada. Y veo también como una cosa diferente a la habitual, que hay padres aquí. Por eso, voy a aprovechar la ocasión para hablarles de algo que me trae muy preocupado. (PAUSA) La fecha del día del padre me ha puesto a pensar en el padre de padres, San José... Además de haber sido escogido virtualmente por la mano de Dios para ser el padre de Jesucristo, aceptó con recato y humildad el hecho de no tener una concepción directa con la virgen María... Esto le da a su dignidad de padre, una mayor calidad.

ROSARIO. — ¡Ay, qué hermoso habla el padre Puebla!

PADRE PUEBLA. —Porque aunque haya quien dude del misterioso misterio de la virginidad de María, eso no viene al caso. Hay algo más importante. Por cuanto lo que sucede en nuestro tiempo es todo lo contrario. San José, que renunció a la satisfacción misma, fue padre. Mientras que algunos cristianos que tienen tan ensamblados el concepto de paternidad con el de satisfacción sexual, por buscar un goce carnal únicamente, son padres por accidente. Y luego no quieren hacerse cargo de las responsabilidades que conlleva ser padre.

ROSARIO. — ¡Ciertamente!

PADRE PUEBLA. —Hermanos, uno de los males de la época es el uso de la publicidad, que viene de pueblo, de público, pero está concebida para ir en su contra. ¿Cómo es posible que hoy, porque sea el día del padre, haya que comprar un regalo? Ustedes seguramente están muy contentos porque sus hijos les dieron un regalo hoy. ¿Por qué un regalo? ¿Por qué una vez al año? ¿Para seguirle el juego a todos los mercaderes que se han inventado una serie de vías para que gasteamos y destrocemos nuestros presupuestos? Para llenarle los bolsillos a los que convierten una función vital, importante y existencial como la de ser padre, en un regalo. ¿Cómo es posible que se recuerde un sólo día la importancia que tiene la paternidad? ¿Por qué un día del padre, por qué un día de la madre? Si seguimos así habrá que inventarse un día del hijo, que no hay y también es una responsabilidad ser hijo. ¿Por qué un regalo hoy, si es mejor un regalo diario luchando por llevar adelante el proceso dinámico de verdadero amor en la familia?

ROSARIO. —Ay, esto me suena a política...

PADRE PUEBLA. —Hay que revaluar la familia. La revolución también tiene que llegar a la familia. Sí, hermanos, es hora de que comencemos a preguntarnos en la comunidad, si el padre debe ser el único que sostenga la familia. Es mentira que una madre que trabaja tiene que desatender a sus hijos. Es mentira que las compañeras de la comunidad tengan que vivir frustradas sin realizarse en la vida. Y también es mentira que sólo el padre y la madre deban correr con los gastos de sostener una familia. Porque existen, existen posibilidades para mejorar esta condición. Debemos buscar las formas para que los gastos de la familia los repartamos con el estado...

ROSARIO. —Hereje!

PADRE PUEBLA. —La educación y la salud son derechos iguales para todos los ciudadanos, con nivel equitativo para todos. Hay que nacionalizar y mantener mancomunadamente sociedades internas, propiamente cooperativas que nos permitan hacer

el sostenimiento de la familia, una tarea de todos. Por eso, basen mejor sus celebraciones en la auténtica identificación y comprensión, a través de todo el año, de toda la vida. Que los hijos sean compañeros y no propiedades ni lastres. Que no veamos más a los jóvenes incapaces de cooperar en la armonía doméstica. Que se acabe aquello de que los varoncitos no deben hacer tareas caseras, y los convertimos en parásitos; y que las mujercitas son sólo para el hogar, y las convertimos en unas inválidas que no laboran en la construcción de una sociedad más humana. Ustedes no pueden seguir manipulados por los que quieren satisfacer su sed de negocios. Hagamos de la familia un ente vivo en todas sus partes. Este día del padre nos debe servir para grandes reflexiones. Usted decida, planee y anticipe la significación de ser padre. Y usted que es hijo, ayude a sus padres a llevar la comunidad hacia un mejor futuro cuando a usted le toque ser padre. (SALE).

ROSARIO.

— ¡Amén! ¡Estas blasfemias tendrán que llegar a oídos de Monseñor Legarra, esto no puede quedarse así! (SUBE INDIGNADA A ESCENA) ¡Taxi! ¡Taxi! (PACHE ENTRA Y LA RECOGE) Horror, señor taxista, no sabe los horrores que ha estado diciendo el cura de San Elgarzito. ¡Hay que sacarlo del país La iglesia no debe meterse en política!

PACHE.

— Siempre se mete, señora; a la larga, pero se mete.

ROSARIO.

— Pero esto es el colmo. Que esto esté sucediendo en Panamá y nadie pueda detenerlo.

PACHE.

— ¿Por qué no va a “Buenos días con Gallito Pinto”?

ROSARIO.

— ¿Cómo? ...No se me había ocurrido. Pero ahora que usted lo menciona. ¿Qué se necesita para ir ahí? ¡Porque yo estoy indignada!

PACHE.

— Na, usté llega y le dice que quiere hacer una denuncia y ellos la pasan.

ROSARIO.

— ¡Lléveme al parque Urraca! Esto lo tiene que saber Lupita Altamuralla.

(DAN UNA VUELTA EN EL ESCENARIO. YONITO ENTRA Y DISTRAIDO CASI LO ATROPELLAN).

PACHE. —Fíjate por onde andas, ihuevón! (SIGUEN. YONITO SE DETIENE).

YONITO. —(FINGIENDO VOZ) Bib bip bip bip. “Alta-4 Alta-4, Roger, favor de ubicar punto de locación. Licenciado Valdés, se le solicita con urgencia en la Fiscalía primera, repetimos, Fiscalía primera”. (HABLA AL APARATO CON SU VOZ) Voy para allá.

(YONITO SALE RAPIDAMENTE. AMELIA ENTRA CON LA ESCOBA TARAREANDO “TUMBA LA LORA”. PACHE Y ROSARIO LLEGAN A LATERAL).

ROSARIO. —Aquí, aquí, junto a la muralla. (SE DETIENEN. ROSARIO PAGA Y SE APEA. TOCA EL TIMBRE, AMELIA LE ABRE) ¿Y la niña Lupita? (PACHE SE VA HACIA EL FONDO Y ESPERA).

AMELIA. —Pase, Rosario, pase.

ROSARIO. —Vengo tan atribulada... ¿Cómo estás, Amelia?

AMELIA. —Aquí, pasándola.

ROSARIO. —¿Tú no estás libre hoy? Es domingo... ¿Y los chiquillos?

AMELIA. —Creciendo.

ROSARIO. —¿Y tú no celebras el día del padre? ...Mira, y ahora que lo pienso, tú debiste escuchar el discurso del padre Puebla...

AMELIA. —¿Y yo por qué?

ROSARIO. —Porque tienes tres hijos con hombres distintos.

AMELIA. —Mire, un momento, Rosario. Hay otras que no trabajan y se dedican a parir. Lo que pasa es que yo fui pendeja una vez, volví a ser pendeja una segunda... y cuando se son dos, nunca falta la tercera ...Me enamoré.

ROSARIO. —Amelia, basta, por favor, iqué desfachatez! Y te ruego que me digas “doña Rosario”, no admito confianzas entre la servidumbre.

AMELIA. —Bueno, pero es que... como estuvimos juntas en la escuela...

ROSARIO. —¿Juntas tú y yo?

AMELIA. —Sí, ombe, en el Colegio María Victoriosa.

ROSARIO. —¿Cómo va a ser?

AMELIA. —Claro que yo era becada... Pero la perdí después que no sacaba más de tres.

ROSARIO. —Aaah, por eso, por eso nunca nos vimos. A las pobres las separaban de las que pagábamos.

AMELIA. —Pero la educación era la misma. Lo que pasa es que... bueno, yo tenía que ayudar en mi casa a mi mamá con mis hermanos y no podía ni repasar... Y luego ni pude seguir la escuela.

ROSARIO. —Qué pena, Amelia, pero así es la ley de Dios.

AMELIA. —¿Se acuerda que íbamos a la misma capilla y a la misma aula máxima?

ROSARIO. —Pero debimos jugar en patios distintos. ¿A ti te dio clases la madre Pilar?

AMELIA. —Sí, éy la maestra Haydée de canto?

ROSARIO. —¡Seguro! Te acuerdas de aquella canción... (CANTA:) "Gloria a Cristo Jesús / Cielos y tierras / Bendecid al Señor / Honor y Gloria a Ti, Rey de la Gloria / Amor por siempre a Ti / Dios es amor..."

(LUPITA HA ENTRADO EN MEDIO DE LA CANCIÓN Y LO HA VISTO TODO SORPRENDIDA).

LUPITA. —¿Pero qué es este agite, Amelia? Rosario, las veo muy excitadas. ¿Sucedé algo? (AMELIA SE PONE A BARRER EN DIRECCIÓN A PACHE).

ROSARIO. —(LLEVÁNDOSE A LUPITA A UN EXTREMO) Prepárate para oír lo que dijo el padre Puebla en la capilla de San Elgarzito...

LUPITA. —¿Ese que dicen que comparte ideas y doctrinas extranjerizantes?

ROSARIO. —Ese, ése, hoy se ha echado un discurso, Lupe, un discurso tan gobiernista que ni los santos soportaron tanta blasfemia. ¡Figúrate que propone darle los hijos al estado! (ENMUDECE PERO GESTICULA).

- PACHE. —(DESDE UNA ESQUINA) Pst... ¡Amelia!
- AMELIA. —Jo, ¡por fin apareciste! ¿Tú crees que tu hijo come aire?
- PACHE. —Cálmese, que no tenía toavía el mes. Vente, pa que veas lo que le traje... (SALEN).
- LUPITA. —Oye, ¿tú no me preguntaste qué me podías regalar para mi cumpleaños?
- ROSARIO. —Ah, sí, tú eres Cáncer, ¿no?
- LUPITA. —No, muñeca, no confundas. Soy del tercer decanato de Géminis. ¿Sabes qué quiero que me regales?
- ROSARIO. ...Qué?
- LUPITA. —Un vaniti porque el mío se me rompió.
- ROSARIO. —¿Qué marca usas?
- LUPITA. —Lorreal.
- ROSARIO. —¿Qué color?
- LUPITA. —Bueno, yo soy más clara que tú... Como dos tonos más abajo. Es el castaño dorado número 76.
- ROSARIO. —Yo uso Dorlein. Y si no, me gusta mucho Maja Cubierta, los jabones, um, ¡divinos!
- LUPITA. —Pero ésos son más bien polvos. El que te digo es de treinta dólares.
- ROSARIO. —Ah!
- LUPITA. —A propósito, Charitín, estamos organizando, tú sabes, las Lagartinas del Club, el día de la lata.
- ROSARIO. —¿El día de qué?
- LUPITA. —El día dedicado a recoger todo tipo de latas: conservas, porkanbín, jugos, pastas de tomate y demás enlatados. Pensamos crear tal furor en la escuela de Yonito que me imagino que la Asociación de Padres de Familia nos odiará porque sus hijos les van a vaciar las despensas, jajaja... Además yo soy amiga del dueño de pastas Raviola. Seguro que nos ayuda. ¡Tiene que quedar bien!
- ROSARIO. —¿Y qué vamos a hacer con todo ese laterío?

LUPITA.

—Mi amor, tú misma me has dado una idea. Ibamos a donarlas a las monjitas misioneras, pero serán más útiles en la comunidad de San Elgarzito. Así acallamos ese clero de ideas... Sabrá Dios de dónde las sacan, porque en el catecismo no están... ¿Te imaginas? Llevándoles las latas a esos pobres necesitados, demostramos que hacemos algo sin tener que inculcar ideas raras y menos el llamado izquierdismo. Esa palabra. Ay, Rosario, no hay más nada que hablar: estás enganchada. ¡Mañana tenemos que empezar la campaña final!

ROSARIO.

—¡Ya lo tengo, Lupita! En “Buenos días con Gallo Pinto”. Con la sintonía que tiene, te aseguro...

LUPITA.

—Pero Rosario, para eso hay que madrugar... Bueno, todo sea por el día de la lata. Y a las siete, reunión en el Salón Clairés con todas las Lagartinas porque hay que triunfar con el día de la lata. Lo que te puedo afirmar, Rosario, es que llenaremos de latas a esos pobres... (CELEBRAN Y SALEN COMENTANDO).

GALLO PINTO.

—¿Sabía usted que vivimos la era de la lata? Porque todos tienen al menos una lata en la despensa, en el basurero del callejón o en la tienda del chino que también es suya: Abarrotería Pekín en calle cuarta. ¿Quién no abre una lata? Aunque mejor es la comida fresca, verdad, mamita, que tú también abres tu latita, porque las activas Damas Lagartinas, esposas del Club de Lagartos, organizan el día de la lata. Si usted tiene un par de latitas que le sobren, contribuya y llévelas al gimnasio del Colegio Papo Mosquera en la Sabana.

(EN EL PRIMER NIVEL MARIPOSA ENTRA VESTIDA COMO RUMBERA Y CANTA, MIENTRAS YONITO Y MIREYA BAILAN DETRAS DE EL. PACHE ENTRA Y OBSERVA DESDE EL NIVEL ESCENA).

MARIPOSA.

—Tome, tome La Lata
Beba, beba en su lata
Ese frío contacto de plata
Mi cerveza enlatada
Lata, Lata, Lata
Bien frífta, mi Lataaa.

YONITO. —¿Y después qué se hace con la lata?

MIREYA. —Yo me haría un traje de lata.

(PACHE AVANZA A PRIMER PLANO, MIENTRAS MIREYA AYUDA A MARIPOSA A CAMBIARSE Y CONVERSAN CON YONITO, COMO EN UN CAMERINO).

PACHE. —¡Qué escándalo ni qué chucha! ¡Yo no puedo decir que me gustó ese hijueputa comercial! A mí se me hacía raro. ¡En Colombia tenía que pasar! ¡Que una modelo culona sea un hombre! ¡Qué huevo! ¡Una trompá! Un cuco vestío de mujer! El colmo, no se puede creer, pero nos lo merecemos por no hacer los anuncios con hembras locales. Tanto culo y finalmente tanto lío. (SE SIENTA EN UN CUBO. SE PASA LA MANO POR EL PELO Y SE MIRA EN EL RETROVISOR). Bueno, yo no estoy tan tirao a la calle. Veintitrés años y ganando bien en un taxi... ¡Vergajos, los maricones! ¡Qué les pasa? ¡Entre más les dan, más quieren! Bueno, ¿quién no se sabe un chiste de pájaros? Aquel de la loca que le dijo a un tipo: "Perdóname por darte la espalda" y zas, jajajaja... Yo cuando veo uno lo reconozco de inmediato.

MARIPOSA. —(VESTIDO MASCULINAMENTE, AL FONDO) ¡Taxi! ¡Taxi!

PACHE. —(YENDO A SU ENCUENTRO) ¿A onde va?

MARIPOSA. —A Cerro Los Vientos. (MIENTRAS, YONITO HA TRATADO DE BESAR A MIREYA, ELLA LO ABOFETEA Y SALE, CON EL CORRIENDO TRAS ELLA).

PACHE. —Eso queda lejos, tú sabes...

MARIPOSA. —Cómo no, yo sé, si cojo taxi pallá todas las noches.

PACHE. —Son tres cincuenta.

MARIPOSA. —(SUBIENDOSE JUNTO AL CHOFER) Correcto. (GIRAN, VAN A PRIMER PLANO, CENTRO).

PACHE. —(GUIANDO) Y tú qué haces tan tarde lejos de ese sitio, mano....

MARIPOSA. —Trabajo en calle J.

- PACHE. —Tas casao?
- MARIPOSA. —No.
- PACHE. —Yo tengo mujer y un chiquillo de meses.
- MARIPOSA. —Ah.
- PACHE. —Tú sabes, hay que ganárselas. La calle ta dura.
- MARIPOSA. —Y este turno de madrugada, ¿no está fuerte pa ti que tienes mujer con hijo?
- PACHE. —Bueno, yo prefiero la noche, porque el calor verdaderamente... Al mediodía, te baja un hilito de sudor de la nuca a la nalgá que...
- MARIPOSA. —Bueno, pero de noche hace frío...
- PACHE. —Qué va, no siempre... Yo me consigo mis mantitas pa arroparme de vez en cuando, cuando hace frío.
- MARIPOSA. —¿Y hasta qué hora es el turno?
- PACHE. —Como hasta las siete, ocho... Depende.
- MARIPOSA. —¿Ya casi, no?
- PACHE. —Sí, pero yo tengo un compromiso con un pastel... Trabaja de noche también. La recojo toas las mañanas. Arreglao por mes, pa que ella no se preocupe de conseguir taxi por la mañana.
- MARIPOSA. —Son como las seis, no... ¿A qué hora es eso? (DAN UNA VUELTA).
- GALLO PINTO. —Son las seis y doce de la madrugada, mis terrícolas. Para complacer una llamadita trasnochada de Barraza, aquí les va una melodía matutina pa refrescar a los madrugadores. (EL TRIO PEÑAFIEL TARAREA UNA MELODIA SUAVE ACOMPAÑADA A LA GUITARRA EN EL PRIMER NIVEL. PACHE Y MARIPOSA LLEGAN A FRENTE LATERAL).
- PACHE. —(LUEGO DE UNA BREVE PAUSA) ¿Y tú vienes en taxi hasta acá siempre?
- MARIPOSA. —Tenía una cacharpita hasta hace como seis meses. Está pará. No encuentro una pieza: es un modelo que ya se discontinuó. ¿Tú sabes de mecánica?

PACHE. —Je, bro, en este negocio hay que saber de mecánica.

MARIPOSA. —¿Por qué no te tomas una taza de café en mi casa y chequeas la máquina?

PACHE. —(PIENSA PERO NO DUDA) Ta bien, fren, pero sólo tengo hasta las siete.

(GIRAN Y DE REPENTE SUENA UN SILBATO. ENTRA CABO PETERE. SE DETIENEN. TERMINA LA CANCION. SIMULTANEAMENTE GALLO PINTO INICIA SU PARLAMENTO. PETERE PIDE IDENTIFICACION A PACHE Y JUAN ENTRA CON UN RADIO, SE DETIENE A CURIOSAR).

GALLO PINTO. —Radio Triunfadora le da los buenos días a todas esas damitas lindas que laboran en sus oficinas, a los conciudadanos que se unen hoy a sus labores. Ah, y no lo olviden, faltan sólo seis días para cumplir con su deber de ejercer su derecho al voto, sí, señores, a sólo seis días nos llega una notita de... los amigos de La Tahona y las secretarias de La Victoria.. Quién será la "Secretaria del año"? Desde ya, los amigos de La Victoria lanzan su candidata, una preciosura, ¡Suleika! Los amigos se preparan con entusiasmo para agasajar a las amiguitas secretarias la semana entrante. ¡Ya sabe, el doce en el Salón Cosmopolitan con la orquesta de Pakiro Silva de Puerto Rico y las salsosas Dabaides de Santo Domingo! Si tiene su tuerca... la tuerca de su tornillito, la jevita, la chichí, el pai o el pastelito, nos veremos en el Cosmopolitan. Y ahora nos vamos con Exp Dort y Ted en el éxito sentimental y alegre "Don't pop my chocolate since I hate to do it"!

CABO PETERE. —(A PACHE) Ta bien, ivete! (LE DEVUELVE LA LICENCIA. PACHE ARRANCA Y SALE CON MARIPOSA, HACIENDO UN GESTO COMO DE "QUE JODER". A JUAN:) ¡Ey, tú!

JUAN. —¿Quién? ¿Yo?

CABO PETERE. —¡Sí, tú mismo, a ti mismo te toy hablando! ¿Tú qué andas haciendo por aquí a esta hora?

JUAN. —Oiga, ¿qué pasa? ¡Yo soy del barrio, yo no he hecho na! (LE ENTRAN NERVIOS).

- CABO PETERE. — ¡Enséñame tu cédula!
- JUAN. — (BUSCANDO EN LOS BOLSILLOS) No la tengo... ¡Se me quedó en el otro pantalón! ¡Qué vaina!
- CABO PETERE. — Pa mí que tú eres colombiano...
- JUAN. — ¡Pero si yo vivo aquí...!
- CABO PETERE. — ¿Y ese acento? ¡Qué vivo aquí ni qué carajo! Tú vienes conmigo. (LO GOLPEA EN LA ESPALDA) Súbete a la patrulla!
- JUAN. — Ey, no me peque, yo soy muy nervioso. (PETERE VA A DARLE OTRO VEZ Y JUAN ECHA A CORRER).
- CABO PETERE. — ¡Párate ahí o te mato! (SACA SU PISTOLA. ENTRA EL CAPITAN CANDELA Y LE CIERRA EL PASO A JUAN. ENTRE LOS TRES JUEGAN AL GATO Y EL RATON. FINALMENTE JUAN NO PUEDE HUIR Y LOS DOS POLICIAS LO ACARREAN).
- JUAN. — Pero si usted no es ni policía, usted es piloto, ¿por qué me para?
- CAPITAN CANDELA. — ¡Por desacato! El cabo te ordenó que pararas y te diste a la fuga, ¿no? Coño, esta sudá que has hecho dar, me la vas a pagar.
- (SALEN: JUAN FORCEJEA UN POCO. EL CABO LE DA OTRO GOLPE. SIMULTANEAMENTE LUPITA Y ROSARIO LLEGAN AL SEGUNDO NIVEL Y ENTRAN A LA CABINA).
- GALLO PINTO. — Las siete de la mañana. Bienvenidos a la sección "La Voz Habla". En la mañana de hoy nos visitan dos encantadoras damitas. (LEE) Doña Guadalupe Altamuralla, conocida dama de nuestra sociedad que trabaja incansablemente en obras filantrópicas, y doña Rosario Gris, tesorera del Círculo Femenino, capítulo de Panamá.
- ROSARIO. — Ante todo, quiero agradecer la oportunidad que el señor Pinto nos ha brindado en su famoso programa. Me encuentro aquí para levantar la voz contra un incidente desagradable que aconteció ayer en la capilla de San Elgarzito.

- GALLO PINTO. —Cómo es eso, doña Rosario, explíquese... ¿Quiere usted relatar a nuestros radioescuchas este incidente?
- ROSARIO. —Con mucho gusto. Para eso estoy aquí. Porque, gracias a Dios, hay libertad de expresión en este país. Pero como siempre sucede, algunos abusan de ella. Y tal es el caso del padre Puebla.
- LUPITA. —Sí, el padre Indalecio Puebla, que lamentablemente ni siquiera es panameño.
- GALLO PINTO. —Bueno, pero yo creo que el curita ése ya tiene sus papeles en orden. Se está nacionalizando.
- ROSARIO. —Sí, pero siempre será un panameño nacido en el exterior.
- GALLO PINTO. —Tiene todos los derechos de un panameño, señora. Pero creo que ése no es el punto que vinimos a discutir aquí.
- ROSARIO. —Correcto. Al grano. Ayer en plena celebración del día del padre, en la misa de las siete, el padre Puebla, sin siquiera frenarse porque había tantos padres de familia que nunca van a misa, pero que estaban allí, señor Pinto, en medio de la iglesia se ha lanzado un discurso comunista...
- LUPITA. —...Socialista.
- ROSARIO. —¡Comunista!
- GALLO PINTO. —Bueno, cómo es que va a ser que usted diga eso, doñita. Esto del padre Puebla huele a rojo, entonces pues.
- ROSARIO. —A rojo escarlata. Mire, definitivamente, yo no entiendo por qué le molesta que se compren regalos a los padres y las madres en su día. Y eso de que compartamos los hijos con el estado, yo no lo entiendo.
- LUPITA. —Sin duda, señor Pinto, que la iglesia evoluciona. Pero tiene que pensar en la realidad de cada país. Estos curas que pregonan cosas anticristianas están equivocados de salida. Al pro-

nunciarse a favor del odio entre las clases, la iglesia olvida la verdadera caridad: amar al prójimo como a uno mismo.

ROSARIO.

—Y ayudarlo. No enredarlo con ideas raras afirmando que las madres deben trabajar y abandonar el seno familiar y a sus hijos.

GALLO PINTO.

—Pero miren, señoras, ustedes se están metiendo en una cosa muy enredada como dicen. Si el padre Puebla dijo lo que ustedes dicen, yo estoy de acuerdo. Que el estado me ayude cuando tenga mis hijos. ¿Y se imagina que mi mujer esté sentada ahí todo el día sin hacer nada?

LUPITA.

—(AGRESIVA) Y cuando los tenga, ¿qué va a pasar, ah? El padre Puebla dice que el estado les debe dar igual educación a todos. ¿Usted ha oído cosa semejante?

GALLO PINTO.

—Bueno, estimadas damitas, esta emisora cumple con su misión de que pongan su queja. Pero no que armen aquí un debate. Esto lo deben deslindar las autoridades eclesiásticas, las gubernamentales y el pueblo mismo. No ustedes. Yo sinceramente creo que ese cura está haciendo un buen trabajo y ése es el mejor modo de evaluarlo.

(ENTRA EL TENIENTE MARCISCANO. PREPARA SU ESCRITORIO. PRENDE EL RADIO).

LUPITA.

—(CON CARA DE PALO, OFENDIDA Y SECA) Cambiando de tema y a propósito de San Elgarzito y la caridad, queremos insistir en el día de la lata, evento que auspicia nuestro Club de Lagartinas que todos ustedes ya conocen. Porque fieles a nuestra consigna “Dios, Patria y Prójimo”, venimos realizando una serie de maratones de asistencia social. La campaña del pañal fue todo un éxito. Como ustedes saben, setenta y seis madres de familias de Bajo El Puente se vieron favorecidas con una canasta de pañales. Igualmente la premier de gala de la película Coral nos redituó cuantiosas ganancias que fueron invertidas inmediatamente en el Fondo para Capacitación y Alfabetización de

las Empleadas Domésticas. Y qué decir de la superproducción teatral hecha conjuntamente con el Theater-In-Circle de Fort Clayton, Canal Zone, de la comedia musical *Agonía y muerte de una gaviota neoyorkina*, muestra de alto profesionalismo que rompió la taquilla del Teatro Nacional, nuestro púlpito de cultura. (SE HA EMOCIONADO) Las incansables Lagartinas, de las que la señora Rosario Gris también es confraterna, coordinamos con instituciones au-to-ri-za-das también, para recibir y dar donaciones.

ROSARIO.

—Esta no es una cosa improvisada, como algunos de los discursos del padre Puebla. Nosotras tenemos ya una lista de los moradores de San Elgarzito (A LUPITA SE LE ESCAPA UNA CARCAJADA). De tal manera, distribuiremos las latas en forma equitativa. Los hijos de las socias y el Club de Lagartos en pleno van a prestar ayuda voluntaria en la organización de esta humana campaña.

TENIENTE MARCISCANO. —(APAGANDO EL RADIO) ¡Tan jodías estas viejas! ¡A mí pa qué carajo me sirve una canasta de pañales, no joda! Si hay alguien que está haciendo una labor significativa en ese comején que es San Elgarzito, es el padre Puebla. No pendejadas de latas y... (BOSTEZA Y SE ESTIRA). ...Gallo Pinto ta decayendo con esos invitados que lleva al programa.

(ENTRA EL CABO PETERE CON JUAN).

CABO PETERE. —(CUADRANDOSE) ¡Mi teniente Marciscano! El sujeto aquí presente es un caso de esta madrugada. (LUPITA Y ROSARIO ESTRECHAN MANOS CON GALLO PINTO. LUPITA ABRE SU CARTERA Y LE ENTREGA DINERO Y SALEN AMBAS).

TENIENTE MARCISCANO. —A ver, léame el parte.

CABO PETERE. —Estando en avenida Cuba, frente a la plaza Porras, acompañando a mi capitán Candela en una visita oficial, pasó en actitud sospechosa el ciudadano Juan Amaya, estudiante de veinte

años de edad, quien al ser requisado declaró no tener cédula ni documentos consigo, dándose a la fuga. Después de una breve persecución, fue capturado a unos doscientos metros entre mi capitán Candela y un servidor. Se le llevó al Departamento de Narcóticos del Ministerio de Hacienda y ante la actitud altanera y de desacato a la ley que observó el acusado, fue puesto bajo las órdenes de mi Teniente.

TENIENTE MARCISCANO. —Señor Amaya, ¿qué tiene usted que decir?

JUAN.

—Que esto es una injusticia, señor. Yo iba tranquilamente saliendo de mi casa que está a una cuadra del lugar de los hechos y me puse a ver una detención cuando el Cabo me llama y me confunde con un colombiano sin papeles y me da un culatazo en la espalda, Teniente... Yo soy muy nervioso y me asusté... Yo no estaba haciendo nada para que se me detuviera y se me pegara, y cuando él dijo que entrara a la patrulla, yo no quise porque me iba a seguir pegando. Yo no he hecho nada, yo estaba asustado, soy muy nervioso, por eso corrí. Yo iba a un trabajo de la universidad, un trabajo voluntario que estamos haciendo en Coclesito. Todo eso lo puedo decir y se lo puedo probar. El bus salía a las siete y media. Y después que yo corrí, el capitán Candela y el Cabo me correataron y me agarron y me pegaron otra vez, Oficial, y yo no había hecho nada. El Capitán me dijo que me iba a inventar un delito por haberlo hecho sudar y correr doscientos metros. ¿Usted cree que yo no me sentí mal cuando la gente que conozco me vio a esa hora correatado por dos policías como si uno fuera un maleante?

TENIENTE MARCISCANO. —Cabo, el capitán Candela es un militar de la Fuerza Aérea y usted, por lo tanto, estaba asignado como conductor, ¿no?

CABO PETERE. —Sí mi Teniente.

TENIENTE MARCISCANO. —Ajá. Y usted no tenía por qué bajarse del carro. Concretamente, ¿en que fundamentó la detención del señor Amaya?

CABO PETERE. —Bueno, yo... Me pareció que como tenía el pelo un poco largo... Y yo no sé por qué lo vi en actitud sospechosa. Como usted sabe, estamos invadidos por colombianos indocumentados. Yo me dije, na, que se me hace que éste trae algo raro. Y como no tenía cédula, pues doblemente sospechoso, ¿no cree usted?

TENIENTE MARCISCANO. —Bueno, pero hay una multa de veinte dólares para estos casos de olvido de cédula, ¿o no?

CABO PETERE. —Sí, pero a esa hora... Y ese pelo largo...

TENIENTE MARCISCANO. —Tiene los papeles en orden?

CABO PETERE. —Bueno, sí, ya la mamá trajo la cédula.

TENIENTE MARCISCANO. —¿Y pasó sin problemas el examen de la Sección de Narcóticos?

CABO PETERE. —Sí, le quitaron las medias, lo desnudaron y estaba limpio.

TENIENTE MARCISCANO. —¿Y qué le hizo pensar que el señor traía narcóticos?

CABO PETERE. —Bueno, es que uno tiene que estar anticipando y sospechando, mi Teniente. El trabajo de la vigilancia lo impone.

TENIENTE MARCISCANO. —Creo que el cabo Petere se ha equivocado... Porque usted no puede privar de su libertad a los ciudadanos, basándose en infundios. Nosotros, cierto, debemos vigilar el orden, pero no abusar de esa posición. Primero: este joven hubiera podido demostrar inmediatamente su identidad si estaba a una cuadra de su casa. Segundo: por más sospechoso que le parezca un sujeto, si no está cometiendo un delito abiertamente, usted no tiene por qué usar la fuerza y menos la violencia, compañero. Tercero: por infringir la disciplina y bajarse del carro, se le impone un cuadro de tres días de arresto.

CABO PETERE. —(CONTRITO Y RABIOSO) Sí, mi Teniente.

TENIENTE MARCISCANO. —Deje el kepis y repórtese con el inspector de turno. Y tú, muchacho, vete a tu

casa. (PETERE SE CUADRA Y SALE. JUAN LE SIGUE) ¡Puñeteros! ¡Cómo les gusta complicar las vainas!

GALLO PINTO. —Y ahora un breve comercial antes del “Noticiero del Mediodía” que llega hasta ustedes por cortesía de Cerveza Lata. (EL TENIENTE MARCISCANO RECOGE SU ESCRITORIO Y SALE A LA VEZ QUE PEÑAFIEL HACE EL COMERCIAL EN EL PRIMER NIVEL).

PEÑAFIEL 1. —Las latas están dondequiera que voy. Si nado...

PEÑAFIEL 2. —Me encuentro con una lata en las profundidades del mar.

PEÑAFIEL 1. —¿Y si llego tarde?

PEÑAFIEL 3. —¡Abro una lata! El individuo que no tiene un buen abrelatas...

PEÑAFIEL 2. —No puede recibir los frutos de la modernización alimenticia.

PEÑAFIEL 3. —¡Coopere con una lata!

TRIO PEÑAFIEL. —Facilito: coopere con el día de la lata. (CANTAN ACOMPAÑADOS POR LA MURGA:)

Dubidubidú, dubidubidú

La lata Lagartina, mándale una lata

Manda una conserva y hasta un abrelatas

Dubidubidú, dubidubidú

La lata está segura si la donas túuuu...

GALLO PINTO. —A un necesitado, lo hará feliz... (SALE EL TRIO).

LUPITA Y ROSARIO. —(ENTRE EL PUBLICO)

¡No preguntamos si tienes latas!

¡Preguntamos cuántas latas!

¡No interesan cuáles latas!

¡Demandamos muchas latas!

(CON ESTAS CONSIGNAS, LUPITA Y ROSARIO ENTRAN A GRITOS. AVANZAN ENTRE EL PUBLICO, CADA UNA CON UNA CAJA. LA DE ROSARIO TRAE PINTADA UNA LATA; LA DE LUPITA LEE “DOÑA LA LATA” POR LOS CUATROS COSTADOS. LLEGAN HASTA EL CENTRO DE LA ESCENA. ALLI LES CAE UNA LLUVIA DE LATAS. AL CESAR LA LLUVIA, LUPITA Y ROSARIO EMPIEZAN A LLENAR LAS CAJAS DE

CARTON. LA MAYOR CANTIDAD DE LATAS LAS ECHAN EN LA CAJA DE ROSARIO. ROSARIO RECOGE UNA LATA RARA).

ROSARIO. —(LEYENDO LA ETIQUETA) ¡Anchoas!

LUPITA. —No, son demasiado finas. (ROSARIO LA ECHA EN LA CAJA DE LUPITA). No hay algo más común... Algo así como raviolis, vegetales mixtos, tutifrutis...

ROSARIO. —(LEE SORPRENDIDA) ¡Corazones de cachofas!

LUPITA. —No, mi amor, si nunca los han probado. No les pedimos a los donantes que se privaran de sus delicadezas, de sus delicatessens... (ROSARIO LA ECHA EN LA CAJA DE LUPITA)

ROSARIO. —Me muero de la pena... Han mandado latas finísimas. Mira nada más: cuatro latas de caviar de la esposa del Ministro Taboada.

LUPITA. —A nuestra caja, Charito, a nuestra caja. (TERMINAN).

ROSARIO. —(LEVANTANDO LA CAJA DE LUPITA) Yo me llevo éstas y las repongo. Las cambio por latas de salchichitas Viena. (LUPITA RECOGE LA CAJA DE ROSARIO, MAS PESADA, Y SALEN CHISMEANDO).

(PACHE ENTRA GUIANDO EL TAXI CON JUAN A SU LADO. EL PADRE PUEBLA ENTRA POR EL OPUESTO. JUAN SE APEA).

JUAN. —Gracias, Paché, nos vemos.

PACHE. —Cuídate, pelao, porque tas salao. (ARRANCA Y SALE).

JUAN. —¿Quiubo, padre?

PADRE PUEBLA. —(YENDO A SU ENCUENTRO) ¿Tú no tenías hoy trabajo voluntario? Si toda la gente como tú, que estudia y tiene ideales, trabajara hombro a hombro para organizar la comunidad, sería otra la historia. ¿Qué pasó?

JUAN. —Me metieron preso esta mañana.

PADRE PUEBLA. —Muchacho, ¿qué fue eso? (SE SIENTAN A CHARLAR).

GALLO PINTO. — ¡Coral! El estreno impacto de la semana. ¡La serpiente asesina! No es una historia por receta, como algunos críticos frustrados aseguran. Es la culebra que vive en Utivé y aterroriza a los habitantes de Pacora. Separada de sus padres desde tierna edad, cuando sus padres fueron muertos a machetazos por la familia Terrison, ahora... ¡Coral prepara su venganza! Su inteligencia ha sido caprichosamente estimulada por los fungicidas y el abono. Los ríos han dado a Coral un alimento integral superior. Nada puede con ella. Es la serpiente asesina que asedia a los Terrison durante un fin de semana. ¡Suspense! ¡Acción! ¡Héroes conocidos! ¡Prototipos, como es el sello de garantía de Dino de Laurentis, en su producción Coral! ¡Filmada totalmente en Panamá con actores nativos y de la Zona! Vivimos una temporada de cine. Vaya hoy al cine: ¡está mejor que nunca!

PADRE PUEBLA. —(PONIENDOSE DE PIE) Bueno, hijo, de todo esto, por lo menos, queda una verdad importante; que aunque haya individuos descastados que abusan del puesto que les toca, también hay oficiales limpios e imparciales que van a impedir que las injusticias tomen cuerpo.

JUAN. —¿Y el capitán Candela? El no tenía que hacer nada conmigo. ¡El no es ni imparcial ni decente!

PADRE PUEBLA. —Pero es que no podemos desenmascarar ni hacer que se enfrenten los que determinan la administración de la justicia. No dudo por eso que, casualmente, se haya perdido el tal Capitán. El no tenía nada que declarar, hijo; él se dejó llevar por esa pasión rara y siempre tentadora del que lleva pistola. Pero lo importante es que estás libre y se te hizo justicia. Además, te necesito mañana. Vienen los del Club de Lagartos a repartir un montón de latas entre la gente de San Elgarzito. Yo no me opongo pero creo que no soluciona nada. Sin embargo, hay que estar presente. (RIE): ¡El banquete enlatado de dos o tres días! Qué tanto puede mitigar el verdadero sufrimiento social de estas almas...

- JUAN. —Ya ve, padre, por eso le digo que a este país hay que darle una buena sacudida a ver si...
- PADRE PUEBLA. —(INTERRUMPE) Sí, Juan, pero poco a poco. Como la marea. ¿No te has dado cuenta que uno no sabe cuánto tiempo le toma al mar llegar al nivel de uno, hasta que se lleva las sandalias que dejamos en la arena? Hay que ser cautos. Hay que ser tácticos.
- JUAN. —Ta bien, pues, cuente conmigo pa el día de la lata. Pero me preocupa, padre, la gente todavía es muy emocional. Todo lo arman un tamborito o un carnaval. No piensan, qué sé yo, ellos pueden razonar, usar la verdad. ¡Yo estoy frikeao!
- PADRE PUEBLA. —¡Frikeao! ¿Qué es eso? ¡Por qué hablas en esos términos, Juan? ¿Tú no puedes buscar el equivalente en español? Eso es penetración cultural! Dí... no sé.. ¡asustado!
- JUAN. —Pero es que no es eso. Es una palabra rara que define lo que queda después del susto... lo que queda dentro del cuerpo... Yo creo que los idiomas se van a combinar en una lengua mundial. Porque, fíjese, los españoles le impusieron el castellano a los indios, pero éstos conservaron sus palabritas... Como.... ¡pereque!
- PADRE PUEBLA. —(MIENTRAS VAN SALIENDO) Mira, Juan, yo creo que tú si estás formando un pereque. Estás confundido... Innegable es que la penetración cultural existe, "malgré nous", como dirían los franceses... Y esto es penetración cultural también, porque yo estudié en Francia. Eso de penetración, de invasión de culturas poderosas, es tema para todo un debate. Yo mismo nací en Colombia y, mírame, soy panameño... (AL SALIR, MARIPOSA Y YONITO ENTRAN AL PRIMER NIVEL. AMBOS ESTAN VESTIDOS A LA MODA, COMO PAREJITA CONCURSANTE. MARIPOSA CON ROPA FEMENINA).
- GALLO PINTO. —Mis terrícolas, vamos a llenar ese huequito de su existencia con un poco de alegría. Ponemos la aguja sobre "I'm gonna let my heart do the

walking” para que gocen mis queridos decibeles, como esprei que entra por sus poros, este éxito meloso y lleno de espid, llamado en buen panameño “voy a dejar que mi corazoncito vaya alante”!

(SE INICIA LA CANCION. EXISTE UNA VERSION GRABADA QUE PUEDE SER UTILIZADA. EXISTE TAMBIEN LA ALTERNATIVA DE HACERLA EN VIVO Y ENTONCES LA INTERPRETARA EL TRIO PEÑAFIEL. MIREYA ENTRA VESTIDA DE BAILARINA EXOTICA Y BAILA A NIVEL DE ESCENA, MIENTRAS YONITO Y MARIPOSA BAILAN EN EL PRIMER NIVEL).

MIREYA.

—(A MITAD DE NUMERO, AL PUBLICO) Bueno, vamos a ver. Quién quiere venir y aprender el paso. Es bien fácil. Yo le digo “El caminao”. Es como si uno caminara, ven, uno dos, unodos. Who wants to try? Who wants to be my dancing partner? Where is he? You? (SI LOGRA OBTENER UNA PAREJA DEL PUBLICO, DEBERA ENSEÑARLO A BAILAR EL NUMERO AL ESTILO “CAMINAO”). Este ya sabe bailar. ¡No me engaña!

(ENTRA PACHE EN EL TAXI. MARIPOSA LO VE Y DEJA DE BAILAR CON YONITO. SALUDA A PACHE, QUIEN SE HACE EL INDIFERENTE. MARIPOSA SALE Y YONITO SE VA A HABLAR CON PACHE. MARIPOSA VUELVE A ENTRAR CON UN VESTIDO Y UN BOLSO EN LA MANO. ESPERA. TERMINA EL NUMERO. SE LE ACERCA A MIREYA).

MARIPOSA.

—(EXTENDIENDOLE EL VESTIDO Y LA CARTERA) Ahí está el taxista ése, amigo tuyo, esperándote. Haciéndose el que no me conoce.

MIREYA.

—Gracias, Mariposa... (MARIPOSA LA OBSERVA EN LO QUE SE VISTE. LUEGO DE UNA PAUSA:) Oye, ¿y quién te puso a ti ese nombre? Mariposa...

MARIPOSA.

—Ah, un tipo increíble que conocí una noche en el Salón París. Después de horas de salsear y estar en la bebedera, se dio cuenta de que yo no era mujer, y me dijo... (TRATANDO DE RECORDAR PARA CITAR:) “...cuando ustedes se visten de mujeres y se adornan y se decoran y se crean una imagen nueva, me recuerdan a las mariposas que nacen...”

MIREYA. —(CORTANDOLO) Por favor, Mariposa, ¡qué tipo tan cafongo! Dame un cigarrillo.

MARIPOSA. —(PASANDOLE UN CIGARILLO) No, pero oye, esto es lo mejor. Me decía que así como las mariposas duran veinticuatro horas, nosotros brillábamos de noche, y que así como las mariposas morían al amanecer, a nosotros nos nace la barba.

MIREYA. —(CAMINANDO HACIA PACHE Y YONITO) Vaya, ¿filósofo o poeta?

MARIPOSA. —(CAMINANDO CON ELLA) Marino. Luego me dijo que me veía mejor de hombre que de mujer. Pero lo importante es que yo no tengo problemas porque para mí el amor se da entre seres. (SUBE LA VOZ FRENTE A PACHE) Todos los seres, en toda forma, abierta y no oculta. Díganme, cuando uno va al paseo de Las Bóvedas, y oye las guitarras, y se encuentra con esa calle de honor de parejas apasionadas, entregas, reclamos, violencias y orgasmos, cualquiera cree en Dios.

MIREYA. —Qué raro! (PACHE ARRANCA Y SALE CON MIREYA).

YONITO. —(FINGIENDO VOZ) Bib bip bip bip “Alta-4, Alta-4, Roger, preséntese urgentemente en la Comandancia, repetimos, preséntese urgentemente en la Comandancia. (SE LE CUADRA A MARIPOSA) ¡Nos vemos, viejo! (SALE CORRIENDO).

(MARIPOSA ECHA A ANDAR PERO SE DETIENE INMEDIATAMENTE CUANDO ENTRA UN ACTOR QUE EN PANTOMIMA PINTA UN “NO” MUY GRAFICO DEL TAMAÑO DE SU ESTATURA. MARIPOSA MIRA AL PUBLICO Y LO SEÑALA. EL ACTOR SALE EN IGUAL FORMA CLANDESTINA COMO EN-
TRO. MARIPOSA RETOMA EL PASO PERO DA SOLO DOS, CUANDO ENTRA OTRO ACTOR EN IGUAL ACTITUD Y EN EL MISMO PUNTO PINTA UN “SI” SOBRE EL “NO”. SALE RAPIDAMENTE).

MARIPOSA. —(AL PUBLICO) ¡Qué horror! (SALE).

(A PARTIR DE ESTE MOMENTO SE INICIA EL TERCER DIA. ALGUNOS ACTORES CON ROLES FIJOS DEJARAN DE APA-

RECER COMO TALES Y PODRAN INTEGRARSE A LAS COMPARSAS, POR LA ECONOMIA DE REPARTO. INMEDIATAMENTE QUE HA SALIDO MARIPOSA, ENTRA UN GRUPO QUE SIGUE A MARCOS ANDRES. VIENEN CANTANDO).

CORO.

Caminando por el llano, caminando por la tierra
San Venado y El Tronquito, La Quebrada y El Dorado
Ese hombre sí camina, va de frente y no de lado
Un resuelto a dar la cara: ¡Marcos Andrés! ¡Marcos
Andrés!

(MIENTRAS GRITAN "MARCOS ANDRES, MARCOS ANDRES" SE DESBANDAN Y REPITEN INDIVIDUALMENTE LA Pantomima DE ESCRIBIR GRAFITIS EN PAREDES IMAGINARIAS EN FORMA MUY GRAFICA. LEVANTAN EN HOMBROS A MARCOS ANDRES Y SALEN CLAMANDO SU NOMBRE).

LUPITA.

—(ENTRANDO) ¿Amelia? ¿Amelia?! (ENTRA AMELIA SECANDOSE LAS MANOS) Buenos días, Amelia. No sabes lo afortunada que eres de no saber leer ni escribir. (AMELIA REACCIONA) Por lo menos hoy. Todos los muros de la ciudad están llenos de palabras soeces. Si hay una ocasión para alegrarse de tu analfabetismo es ésta. (AMELIA TRATA DE RESPONDER PERO LUPITA NO LA DEJA) Así no te enteras de algo tan indignante como lo que hay escrito en las paredes. Hasta nuestra muralla la han pintado. ¡Animales! Han escrito cosas terribles contra los candidatos de la oposición! Ojalá los borren pronto. (TRANSICION) ¿No ha llamado el señor Yonito?

AMELIA.

—No, pero enantes vinieron unos hombres y cargaron dos troks con las cajas de latas. Y señora Lupe, no sé de dónde usted ha sacado que yo no sé leer ni escribir, porque yo estudié hasta sexto grado. Lo que pasa es que usted no me lo ha preguntado en el corto tiempo que llevo de trabajar aquí. Hasta estuve en la misma escuela que su amiga Rosario.

LUPITA.

—(CON SORPRESA ASPAVIENTOSA) ¿Cómo?

AMELIA.

—Lo que pasa es que yo no terminé. Yo perdí la beca y ella no.

LUPITA.

—¿Ustedes estaban becasadas las dos? ¿Muchacha, tú estás segura de lo que estás diciendo?

AMELIA. —Sí, señora.

(ENTRA PACHE AL FONDO. APAGA EL MOTOR. AMELIA LO VE. EL ESPERA).

LUPITA. —¡Qué interesante información! Ahora que llegue Rosario, no le comentes nada de lo que hemos hablado. Y a cualquiera que llame, le dices que sí, que hoy es el día de la lata. (SALÉ AIROSA).

AMELIA. —(YENDO HACIA PACHE QUE AVANZA) ¡Opa! ¡Pájaro de mar por tierra! ¿Qué pasa?

PACHE. —Oye, ¿tú me puedes dar una taza de café con leche, ahí?

AMELIA. —Yo creo que sí. Entra. (AVANZAN A PRIMER PLANO. EL LE PASA UN BULTO) ¿Y esto qué es? (AMELIA ABRE UN SUETER QUE DICE "ÑITO") ¿Ñito?

PACHE. —Me lo regalaron. Ese es el candidato del barrio. (SE SIENTA EN UN CUBO. SE APOLTRONA EN LO QUE AMELIA PREPARA EL CAFE. PACHE HACE COMO QUE LEE:) Citronela... Pimienta... ¿Abiscus?.. Albahaca... (PRENDE EL RADIO).

GALLO PINTO. —...vote por el mejor. Solamente quedan cinco días para escoger a su candidato. Cada vez estamos más cerca. Próximos, pegados, cerquitita, nena. Ya los pastelitos de Lomas Tiernas tienen hecha su decisión por un candidato. El Bebi Forero es el candidato de la juventud. ¡Un joven con grandes esperanzas! Y para acabar de despertar a los que todavía tienen los objetos pegados, hay que ponerse las pilas y los que tengan una lata de más en su casa, ya saben, hoy las Largartinas celebran el día de la lata...

AMELIA. —(APAGANDO EL RADIO) ¡El día de la lata, el día de la lata, el día de la lata! Ya me tienen loca con esa ahuevazón! (LE DA EL CAFE A PACHE).

PACHE. —(LUEGO DE PROBAR) Ponle un poco más de azúcar...

AMELIA. —Ajó, tú si que eres vago, ¿ah?

PACHE. — ¡Pero si la azúcar no está a mano!

AMELIA. — Revuélvelo que yo le eché... (PACHE REVUELVE. PAUSA. JUEGA CON LA CUCHARA EN LA TAZA) Oye... ¿tú vas a votar?

PACHE. — Yo ni sé.

AMELIA. — ¿Y qué es lo que tú sabes? ¡Nunca dices si te gusta o no te gusta!

PACHE. — Yo soy apolítico. Y si cumplo como padre trayéndote la pensión, eso es suficiente.

AMELIA. — Bueno, allá tú, pero yo creo que lo peor del mundo es la gente indecisa.

PACHE. — Los papás de tus hijas no te responden como yo.

AMELIA. — El de Lucila me pasa los diez dolitas mensuales. Y el de mi Nedelka siempre está sin trabajo.

PACHE. — Eso dice él.

AMELIA. — Sí, para ustedes es muy fácil ser papá, pero una es la que carga con el carro.

PACHE. — (PAUSA) Tú ni siquiera le has sacado partido a eso. Hay otras por ahí que se sostienen de las pensiones de los seis hijos con papás distintos. Y viven de eso. Hay que jugar vivo, Amelia, hay que jugar vivo. (SE LEVANTA Y SE TOMA EL CAFE DE UN GOLPE).

AMELIA. — Es que soy otra clase de persona. Yo no soy una máquina pa hacer hijos. Prefiero trabajar, qué carajo, ni que fuera manca... Ahora lo que.. lo que hago es que me cuido.

(ENTRA NUEVAMENTE EL CORO PERO ESTA VEZ CON LA MURGA, ACOMPAÑANDO A CLARITA).

CORO. — Soy, soy, soy de Clarita, soy, soy, soy de Clarita.
Soy de Clarita, soy de Clarita, soy, soy, soy de Clarita.

(AMELIA Y PACHE SE ACERCAN A MIRAR. LA COMPARSA BAILA Y LOS SACAN A BAILAR. VAN FORMANDO UNA LINEA Y SALEN TODOS. ENTRAN LUPITA, ROSARIO Y YONI-

TO A SAN ELGARZITO. EL PADRE PUEBLA Y JUAN LAS VE LLEGAR DESDE EL PUBLICO Y COMIENZA A ACERCARSELES).

LUPITA. —Yonito, tú, por listas, vas a entregar latas a los moradores. ¿Trajiste el walkie-talkie? Fíjate bien que nadie agarre dos veces. Ay, si tuviéramos algo para marcarles el dedo o algo así...

PADRE PUEBLA. —(ACERCANDOSE) Buenos días, señoras, ¿podemos ayudarlas?

LUPITA. —(CRUZANDO MIRADAS CON LOS PRESENTES) Vaya, vaya, vaya, ¡el famoso padre Puebla en persona!

ROSARIO. —¿Cómo está, padre Puebla?

JUAN. —(IMPACIENTE) ¿Cómo cuántas latas hay en esos troks que están allá afuera?

YONITO. —Tú sabes, exactamente no se puede saber a ciencia cierta.

JUAN. —Pero por lo menos deben saber la cantidad aproximada...

YONITO. —(OPERANDO SU APARATO EN LA MUÑECA) Bueno, podemos dar un cálculo, bip, aproximado, de unas bip bip bip bip... 1975 latas. Que factorizadas a las necesidades de cada familia, por número de miembros, por edades y sexos y otros mismos que pueden ser obtenidos fácilmente con una computadora Benson...

LUPITA. —(INTERRUMPE SUAVE) Yonito...

YONITO. —...Benson es garantía, precisión, y todo por la módica suma...

LUPITA. —(HISTERICA) ¡Yonito! No tienes que dar tantas explicaciones.

YONITO. —...lo cual equivale a dieciséis latas promedio pro y/o por familia empadronada.

ROSARIO. —¿Y quién es este jovencito tan preocupado por el número de latas?

PADRE PUEBLA. —Es el compañerito Juan Amaya, estudiante, buena gente. Afortunadamente, inquieto, doña Rosario.

ROSARIO. —Padre, perdóneme por no enseñar catecismo a los niños el domingo, pero a mí me pareció muy audaz su sermón sobre el día del padre.

PADRE PUEBLA. —Lo sé, la oí por radio. (ROSARIO SE ABOCHORNA).

LUPITA. —¿Usted no teme a veces por su vida, con esas actitudes tan... guerrilleras?

PADRE PUEBLA. —Si usted es cristiana, debe saber que para nosotros empieza otra vida al morir. Siempre estoy preparado para ella.

LUPITA. —Bueno, pues, espero que esté preparado hoy para el día de la lata.

ROSARIO. —Sí, es cierto, manos a la obra, ¡en acción!

LUPITA. —(SONRÍE CON MALDAD) Oh, no, nada de eso, Charitín. Tengo otros planes para ti. Creo que sería más útil que recibas las llamadas en la casa cural. ¿Tú sabes taquigrafía, no? A menos que el padre tenga secretaria...

PADRE PUEBLA. —Por supuesto que no...

(ENTRA NUEVAMENTE EL CORO CON LA MURGA, PERO ESTA VEZ ACOMPAÑAN A SULEIKA. TRAEN UNA PANCARTA QUE LEE "ADELANTE CON SULEIKA").

CORO. —Ponte en algo con Suleika
Ponte en marcha con vehemencia
Adelante con Suleika
Dale tu voto y presencia

(SULEIKA BAILA SOLA EN EL CENTRO DE LA ESCUELA CON LA SONRISA TOTAL, COQUETA, ANIMANDO A LA MURGA Y AL PÚBLICO. ENTRAN MÁS CARTELES: "SULEIKA", "ESTUVO AQUÍ", "YA GANO". CON SULEIKA A LA CABEZA, LA MURGA Y LA COMPARSA SALEN. QUEDAN EN ESCENA LOS MISMOS DE LA ESCENA ANTERIOR).

LUPITA. —¡Basta ya de chusmerías! (ROSARIO SALE). ¡Yonito, la cámara! (SE ADELANTA AL PÚBLICO Y LE EXTIENDE UNA LATA A UNA PERSONA) En el nombre de las Damas Lagartinas, le obsequiamos una lata para aliviar un poco sus necesidades. (SE VUELVE HACIA YONITO QUE TOMA UNA INSTANTÁNEA DE LUPITA Y LA PERSONA. LUPITA LUCE SU MAYOR SONRISA ENTREGANDO LA LATA).

- PADRE PUEBLA. —(AL PÚBLICO) Bueno, en fin, les hago entrega de este laterío. Vamos a ver qué hacemos con tanta lata. (REPARTE) Habrá que darle una utilidad... supongo que si las llenamos de tierra y las pintamos con antióxido, podremos sembrar chabelitas, lentejitas, cactus, orejitas... o hacer vasos si hay alguna de aluminio. (LUPITA LE LANZA UNA MIRADA FULMINANTE, YONITO PASA LISTA Y JUAN OBSERVA) San Elgarzito, te convertirás en un jardín viviente como recuerdo inútil del día de la lata.
- YONITO. —(FINGIENDO VOZ) Bip bip bip bip "Alta-4, Alta-4, Roger". (CON SU VOZ) Sí, habla él, cambio. (FINGE) "Se le solicita de extrema urgencia. Situación clasificada como X-Plus. O sea, cuatro pies en compañía Lavo, repetimos, Lavo". (YONITO CORRE A LUPITA Y LE ENTREGA LA LISTA DE NOMBRES) Me voy, (SEÑALANDO A JUAN) pon a ése a vigilar las latas que están allá...
- LUPITA. —(FURIOSA) ¡Por qué te vas? ¡Ahora que te necesito, te vas! Recuerda que soy tu madre. ¡Habrás visto! (YONITO VA A SALIR) ¡YONITO! ¡Te habla tu madre!
- YONITO. —Me llaman, mamá, ¿qué quieres que haga? Tú sabes que yo dependo de esto. (CON VOZ FINGIDA) Bip bip bip bip "Señor Yonito Alta-4, se le solicita. La computadora BIANA indica cada minuto es importante". (HISTERICO A SU MUÑECA:) Ya oí, coño, ya oí.
- LUPITA. —En fin, eres un esclavo.
- YONITO. —Me tengo que ir. Esta discusión contigo le está costando miles de dólares a la Agencia.
- LUPITA. —Tendré que trabajar con esta gente. Ja, esto es como decir "no me ayudes, compadre". Yonito, por favor, con todo lo que el padre Puebla le está diciendo a esa gente, ¡no puedes irte!
- YONITO. —Me voy, me voy (CORRE) ¡Esta noche me emborracho, carajo! (SALE).
- (JUAN SE CRUZA DE BRAZOS. SU INDIGNACION AUMENTA. ENTRA ROSARIO).

- ROSARIO. —Yujuuu... ¿Puedo ayudarles? Creo que siempre seré útil en esta trinchera, porque no ha entrado ninguna llamada.
- LUPITA. —Está bien, coge esta lista y coordina con las otras confraternas. Bueno, en tu caso, también lo es Amelia. ¡Por qué no me habías dicho que ustedes fueron compañeras de escuela! ?
- JUAN. —(EXPLOTANDO) ¡Basta! ¡Basta ya de tanta falacia! ¡Hasta cuándo tendremos que soportar esta mentira! (LUPITA NO PUEDE CREER LO QUE OYE. ROSARIO SE TAPA LOS OÍDOS) ¡A esto llaman ustedes justicia social, a esto llaman caridad! (AVANZA HACIA ELLAS — SIN DEJAR DE HABLAR— Y ELLAS RETROCEDEN) ¿Ustedes piensan que darles estas latas a la comunidad es un favor que esta gente no merece?! ¡Latas! (ARREMETE CONTRA LAS LATAS. LUPITA SE ESCUDA CON ROSARIO) Analgésicos, instrumentos vanos de protección a su sistema, herramientas y terrones de azúcar que duran lo que va a demorar en sus hogares estas latas.
- LUPITA. — ¡Cállese o mando a llamar a la Guardia!
- ROSARIO. —(AVANZA COGIENDO CORAJE) ¡Liso, atrevidísimo que estás! ¡Haga el favor de irse. Márchese!
- PADRE PUEBLA. —Juan, por favor, no fomentes la provocación. Calma, compañero, ¿qué pasa?
- JUAN. —Sí, me voy. Veo que estoy gastando pólvora en gallinazos. Ustedes están demasiado dañadas. Y usted, padre, cuídese, está haciendo muchas concesiones. Me voy, pero sólo para estar en paz con la Guardia.
- ROSARIO. —(CON LAS MANOS EN LA CINTURA) Bueno, ya está bien, ¿ah? (JUAN SALE. ROSARIO TRATA DE CALMAR A LUPITA QUIEN LA RECHAZA Y SALE FURIOSA).
- GALLO PINTO. —Desde las estaciones de Radio Triunfadora nos vamos de fiesta con la alegre comparsa de Clarita, tres veces nominada para la “Chichí del año”, esta vez corriendo por la corona de la “Princesa Pubertad 1978”. Claro que ganas, Clarita, ¡claro que ganas!

(CLARITA ENTRA CON LA COMPARSA Y LA MURGA. CANTAN. EL PADRE PUEBLA SALE. ROSARIO SE UNE A LA COMPARSA).

CORO. Soy, soy, soy de Clarita; soy, soy, soy de Clarita;
Soy de Clarita, soy de Clarita; soy, soy, soy de Clarita.

(ALGUNOS BAILAN MIENTRAS OTROS SE ACERCAN AL PUBLICO A INTERPELARLO: "Cómprame un voto para Clarita", "¿Usted ya tiene candidata?", "Unase a la comparsa de Clarita". PARA LA MUSICA. DE REPENTE ENTRA EL GRUPO DE MARCOS ANDRES CLAMANDO "¡MARCOS ANDRES!", "MARCOS ANDRES!")

MARCOS ANDRES. —(SUBIENDO A CUBO) Hay que cambiar todo este desastre. ¡La oposición no hace sino operaciones enmarañadas que sirven a los intereses de las potencias extranjeras que los mantienen! (EN ESOS MOMENTOS ENTRA SULEIKA CON SU COMPARSA. EMPIEZA LA MUSICA OTRA VEZ) Pero hay que celebrar, ¿no? (VA AL ENCUENTRO DE SULEIKA Y BAILAN).

(LOS ACTORES ASEDIAN MAS AL PUBLICO: "¿Usted ya tiene su candidato?"; "¿Usted dónde vive? Ah, precisamente, ése es el corregimiento de Marcos Andrés, ¡fíjese qué suerte!". LA COMPARSA ENTRA UNA DOMITILA Y UN MONO. CLARITA DA LA ORDEN Y SUENAN LOS TRIKITRAKES Y ENTRAN GLOBOS Y REPARTEN DULCES. EL GRUPO DE MARCOS ANDRES REPARTE SOMBRERITOS DE PAPEL QUE DICEN "MARCOS ANDRES". ENTRAN LA PANCARTA "ADELANTE CON SULEIKA". GALLO PINTO BAJA DE LA CABINA CON UN MICROFONO EN LA MANO).

CORO. — ¡Alabío, alabao!
¡Alabimbombao!
¡Clarita, Clarita!
¡Ra, ra, raaaaa!

GALLO PINTO. —Señoras y señores, esto es algo apoteósico. Las distintas comparsas se han movilizado con sus preferidos al ritmo de la murga hasta la plaza 5 de mayo. ¿Con cuál de las candidatas simpatiza usted? ¿Quién cree que sea la próxima "Princesa Pubertad"? (LA MURGA COMIENZA A RETIRARSE, SEGUIDA POR LAS

COMPARSAS QUE LLEVAN A CLARITA EN HOMBROS). Ya sale la comparsa de Clarita... Los jueces se retiran a deliberar. Todas merecen ser reinas. Será una tarea difícil la de estos jueces. (GALLO PINTO SE UNE A LAS COMPARSAS BAILANDO) ¿Cuál es su favorita para "Secretaria del año"? Y recuerde, sólo faltan cinco días para las elecciones. (SALEN).

(SOLO HAN QUEDADO EN ESCENA MIREYA, AL FONDO, EN EL PRIMER NIVEL, QUE SE SIGUE MOVIENDO EUFORICA COMO SI AUN HUBIERA MUSICA. LUPITA ALTAMURALLA ESTA EN PRIMER PLANO. HABLA POR TELEFONO).

LUPITA.

—Te digo que sí, Leonor, fue becada y ahora es Lagartina. ¿Te imaginas qué adelanto? ...Así, es Leonor, el Club de Lagartos se ha relajado demasiado, diría yo. ...Sí, sí, ya no es como antes, ¿recuerdas? Todo el mundo era de buena familia. ...¿Cómo que eso no tiene nada que ver? ...¿Que hay que ser más comprensivo con la clase baja? Ay, Leonor, no, ¿te imaginas que en una convención nacional te toque hospedarte con la delegada de Tierrero? No sé si es que yo me quedé demasiado atrás y los tiempos cambiaron, o es que ahora hay más gente que quiere pasar por rabiblanco, jajajaja. ...Por decir algo, Leonor. ...Sí, y para colmo, se me va hoy la empleada. ...Sí, la Amelia. Comenzó a darme gritos y que no iba a tolerarme una más, ¿te imaginas? Ay, ha sido una tarde de perro, como diría Al Pacino. Yo me voy de aquí, Leonor. Ya no aguanto este país. Esto está demasiado democratizado para mi gusto. "It's not my cup of tea", como dice Allan, jajajaja. ...Pues creo que me voy a Miami. Tú sabes que allá van a parar todos los opositonistas. ¿Sabes cuándo vuela REACSA? ...Pues yo me voy el martes entrante, de hoy en siete, ¡qué va! Esto no es para mí. ...Chaito, Leonor, te llamaré para despedirme. (CUELGA. QUEDA PENSATIVA, COMO IDA) ¿Dónde estará mi libro de Inglés para un cómodo viaje? (SALE LLAMANDO:) Yonito! Yonito!

(ENTRA YONITO BORRACHO. LLEVA EN LA MANO UNA BOTELLA Y UNA LATA. CANTA Y SE ACOMPAÑA CON ELLAS. MIREYA SIGUE BAILANDO. GALLO PINTO ENTRA A LA CABINA).

YONITO.

— ¡Dale la patada a la lata, eh!

¡Que siga, que siga la matraca!

¡Dale la patada a la lata, eh!

¡Que siga, que siga la matraca! (SE SIRVE LICOR DE LA BOTELLA. BEBE. PAUSA) Es-

toy cansado de este aparato (SEÑALA SU MUÑECA). Con esta caja que me llama a todas

horas, que me sigue, que hasta en sueños me llama... ¡Hijuep! (LE DA HIPO. BURLAN-

DOSE:) “Llamando a Alta-4, Roger. Preséntese inmediatamente en computadora BIANA”.

¡Gran vaina! Y ahí va uno como vaca, teniendo que seguir las instrucciones de una tipa que ni

conozco... A lo mejor es tremenda fea. (SE TAMBALEA. SE ARRANCA EL APARATO)

¡Te odio, entiendes, te aborrezco! (EN BURLA:) Te quieres casar conmigo, señorita voz...

¡Pues mira lo que hago contigo! (LO TIRA AL PISO). ¡Coge! ¡Te llegó tu fin! (SALTA SOBRE

EL APARATO Y CAE AL PISO, BOCA ARRIBA) Bip... Bib... Bii-pp... (MIREYA BAJA CO-

RRIENDO DEL PRIMER NIVEL MARIPOSA ENTRA ASUSTADO CON ROPA MASCULINA. SE ARRODILLAN JUNTO A YONITO,

TRATAN DE REANIMARLO).

MARIPOSA.

—Pobre chico, ¡ah! Me cae bien, pero... (ASPIRA UNA “T”). No cabe lo que quiere. Ahí tienes un ejemplo de un impedido intelectual. (MI-

REYA LO MIRA CON ALGUNA SORPRESA) Vive en un mundo de transnacional, borracho

en el bipbip... En síntesis, Mireya: fin de otra campaña política.

YONITO.

—(EN UN ESTERTOR) ¡La política no existe!

MIREYA.

—(PONIENDOSE EN PIE) Yo a veces pienso como él. Paché dice que es apolítico y mira qué tranquilo vive.

MARIPOSA.

—(SE INCORPORA. CON IRONIA) ¡Tranquilo! Precisamente por eso se pasa el día rodando. Pero si todo es político, mi amor. El mismo

hecho de conversar aquí es político. Que tú tengas que putear para ganarte la vida es político. Que Paché diga que es apolítico es político, porque practica la política de los apolíticos... ¡Qué absurdo! El hecho de que yo no pueda realizarme en este sistema es político. El problema es que confunden la cháchara politiquera con el sentido verdadero de política, Mireya, que es la manera de hacer las cosas.

MIREYA. —Esto era lo último que faltaba, Mariposa. ¿Ahora también sabe de política?

MARIPOSA. —Ay, mi amor, yo no sé qué sé, pero uno aprende oyendo y viendo. Lo sepas o no, el sistema de la política del gobierno afecta tu vida, y somos políticos tú, yo, Paché y éste (SEÑALANDO A YONITO).

MIREYA. —Pues yo no me pienso quedar toda la vida en esta política de cantina. Estoy pensando seriamente en mudarme de San Elgarzito y hacer una casita en Arraján, cerca de mi prima Mayín... Sí, chico, algo mío que de otra manera no lo voy a tener. Yo no sé, a lo mejor, si alcanzan los ahorros, pongo una tienda... ¡Quién sabe! (SUSPIRA).

MARIPOSA. —(EN UN ARRANQUE EUFORICO) Este mundo es como una pepita de marañón, Mireya, sí. Una pepita de marañón, jajaja. Cuando te la metes cruda en la boca, (DANDOLE UNA PATADITA A YONITO) te pica la lengua. Pero para que te sepa buena, tienes que asarla lentamente, con amor. Y cuando está afuera la primera capa, que sale el cascarón, el cascarón, está lo verdaderamente bueno... la semilla.

MIREYA. —(CONTAGIANDOSE LA EUFORIA) ¡Vámonos a desayunar al Mercado!

MARIPOSA. —Yo no, mamita, ya me empiezo a volver Drácula (SE TOCA LA BARBA. A YONITO:) Venga, papa, vamos a ponerlo en un taxi. (LO LEVANTAN ENTRE LOS DOS. MARIPOSA LE PONE EL BRAZO SOBRE SU PROPIO HOMBRO Y LO SACA. MIREYA QUEDA SO-

LA EN ESCENA. PAUSA. SACA UN CIGARRILLO, FUMA Y MIRA ATENTAMENTE AL PUBLICO).

GALLO PINTO. —Buenos días, mis amados terrícolas, hoy es un día más en el rosario de sus vidas. ¡Arriba, dormilones, que el tren de la salsa viene cargado de alegría en sus vagones! Si cambian o no cambian las cosas, el sol se sigue poniendo y los Bee Gees siguen saliendo. Pero ya no como los mejores, porque les tengo una sorpresa a todos los que no han dejado la sábana todavía. ¿Saben cuál es el número uno de la semana desde esta madrugada a cuatro días de las elecciones populares? ¿No? ¡No digo yo! Ahora no les digo... Señores, un éxito de la casa, del patio. En las voces del siempre aplaudido Trío Peñafiel, los reyes de la salsa... el número uno: "Tumba la lora".

(SE INICIA LA MUSICA. EL TRIO ENTRA AL PRIMER NIVEL. ENTRA PACHE Y RECOGE A MIREYA QUIEN PARA NO PERDER LA COSTUMBRE LE DICE "Apaga el radio", PERO PACHE ARRANCA Y SALEN. EL TRIO CANTA "TUMBA LA LORA". FIN DE FIESTA. LOS ACTORES ENTRAN EN PLENO E INVITAN A LA AUDIENCIA A BAILAR CON LA MURGA QUE ENTRA Y LOS ACOMPAÑA).

PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS DOMINICALES

EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 150 FRACCIONES DIVIDIDO
EN CINCO SERIES DE 30 FRACCIONES CADA UNA
DENOMINADAS A, B, C, D y E

PREMIOS MAYORES

	Fracción	Billete Entero	Total de Premios
1 Premio Mayor, Series A, B, C, D y E	B/.1,000.00	B/.150,000.00	B/.150,000.00
1 Segundo Premio, Series A, B, C, D y E	300.00	45,000.00	45,000.00
1 Tercer Premio, Series A, B, C, D y E	150.00	22,500.00	22,500.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D y E	10.00	1,500.00	27,000.00
9 Premios, Series A, B, C, D y E	50.00	7,500.00	67,500.00
90 Premios, Series A, B, C, D y E	3.00	450.00	40,500.00
900 Premios, Series A, B, C, D y E	1.00	150.00	135,000.00

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D y E	2.50	375.00	6,750.00
9 Premios, Series A, B, C, D y E	5.00	750.00	6,750.00

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D y E	2.00	300.00	5,400.00
9 Premios, Series A, B, C, D y E	3.00	450.00	4,050.00
<u>1,074</u>	<u>TOTAL...</u>		<u>B/.510,450.00</u>

Precio de un Billete Entero B/. 82.50
 Precio de una Fracción 0.55
 Valor de la Emisión 825,000.00

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA
LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
LOS DOMINGOS DE NOVIEMBRE DE 1978**

SORTEOS	No.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Noviembre, 5	3115	4135	9855	3787
Noviembre, 12	3116	7106	3850	7697
Noviembre, 19	3117	8572	8747	9118
Noviembre, 26	3118	1833	4133	3253

PLAN DE LOS SORTEOS ORDINARIOS INTERMEDIOS

EL BILLETE ENTERO CONSTA DE 90 FRACCIONES, DIVIDIDO
EN 6 SERIES DE 15 FRACCIONES CADA UNA
DENOMINADAS A, B, C, D, E, y F

PREMIOS MAYORES

	Fracción	Cada Serie	Total de Premios
1 Premio Mayor, Series A, B, C, D, E y F	B/.1,000.00	B/.15,000.00	B/. 90,000.00
1 Segundo Premio, Series A, B, C, D, E y F	300.00	4,500.00	27,000.00
1 Tercer Premio, Series A, B, C, D, E y F	150.00	2,250.00	13,500.00

DERIVACIONES DEL PRIMER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E y F	10.00	150.00	16,200.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E y F	50.00	750.00	40,500.00
90 Premios, Series A, B, C, D, E y F	3.00	45.00	24,300.00
900 Premios, Series A, B, C, D, E y F	1.00	15.00	81,000.00

DERIVACIONES DEL SEGUNDO PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E y F	2.50	37.50	4,050.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E y F	5.00	75.00	4,050.00

DERIVACIONES DEL TERCER PREMIO

18 Aproximaciones, Series A, B, C, D, E y F	2.00	30.00	3,240.00
9 Premios, Series A, B, C, D, E y F	3.00	45.00	2,430.00
<u>1,074 PREMIOS</u>	<u>TOTAL...</u>		<u>B/.306,270.00</u>

Precio de un Billeto Entero B/.49.50
 Precio de Una Fracción 0.55
 Valor de la Emisión 495,000.00

**NUMEROS PREMIADOS EN LOS SORTEOS DE LA
 LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA
 LOS MIERCOLES DE NOVIEMBRE DE 1978**

SORTEOS	Nº.	PRIMERO	SEGUNDO	TERCERO
Noviembre, 1	626	8505	3192	3094
Noviembre, 8	627	2425	6737	6854
Noviembre, 15	628	4595	0208	5443
Noviembre, 22	629	6268	8056	4982
Noviembre, 29	630	3478	3027	4988